ALMACEN

DE LOS

NIÑOS.

TOMO II.

ALMACEN

Y BIBLIOTECA COMPLETA

DE LOS NIÑOS:

Ó DIÁLOGOS

DE UNA SABIA DIRECTORA

con sus discípulas de la primera distincion.

En los cuales se hace pensar, hablar y obrar á las señoras jóvenes segun el genio é inclinacion de cada una.

Represéntaseles los defectos de su edad, y se les demuestra de qué modo pueden corregirlos, aplicándose tanto á formarles el corazon como á ilustrarles el entendimiento.

Se les da un compendio de la Historia sagrada, de la Fábula y de la Geografia &c.; todo ello lleno de reflexiones útiles y de cuentos morales para entretenerlas agradablemente.

ESCRITO EN FRANCÉS

POR MADAMA DE BEAUMONT,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON MATIAS GUITET.

MADRID: 1829.

POR DON JULIAN VIANA RAZOLA.

Con las licencias necesarias.

TEXAS TECHNOLOGICAL COLLEGE LIBRARY
LUBBOCK, TEXAS

PQ
1995
.L75
P44
v.2

ALMACEN DE LOS NIÑOS.

DIÁLOGO X.

Jornada octava.

Aya. Buenos dias tengan vms., señoras. Hoy quiero tener entretenidas á vms. contándolas un cuento muy bonito que leí ayer.

Cuento del Príncipe narigudo.

Hubo en cierta ocasion un Rey que amaba con esceso á una Princesa; pero no pudiendo casarse con ella por estar encantada, consultó á una encantadora sobre el modo de vencer este inconveniente. Díjole la en-

cantadora: tú sabes que la Princesa tiene un grueso gato á quien estima mucho: el que tuviere maña para pisarle la cola será únicamente el que logrará su mano. Parecióle al Príncipe fácil esta empresa; y resuelto á machucar la cola del gato, cuanto mas pisársela, marchó derecho al palacio de su dama con este intento. El gato (que se llamaba *Galan*) se presentó á su vista maullando, como lo tenia de costumbre, y ensanchándose de lomos: entonces el Rey, levantando un pie, lo dejó caer á su parecer encima de la cola; pero *Galan*, rodeándola con una ligereza increible, dejó burlada su intencion. Continuó ocho dias seguidos la inútil pretension de ver cómo podia coger debajo de sus pies aquella fatal cola; mas siempre se le escapaba en un instante como si tuviera azogue. Por último, habiendo una vez sorprendido al ga-

to estando durmiendo, le afirmó fuertemente el pie sobre ella, y despertó entonces dando unos maullidos asombrosos. Convirtióse improvisamente en un hombre agigantado, y mirando al Príncipe con ojos furibundos, le dijo: te casarás con la Princesa, pues has deshecho el encanto que lo estorbaba, pero yo me vengaré. Tendrás un hijo que será siempre desdichado hasta el punto mismo en que advierta que es muy larga su naríz; y si tú revelares esta amenaza morirás al punto. Sin embargo de que se espantó el Rey de ver aquel hombre agigantado, que era un encantador, no pudo menos de reirse con semejante amenaza, y dijo interiormente: mi hijo bien podrá echar de ver su defecto si no fuere ciego ó manco. Con efecto, habiendo el Príncipe hablado á la Princesa, celebró con ella su casamiento; pero la vida del Rey fue corta, porque

murió dentro de ocho meses, y uno despues parió la Reyna un Príncipe, á quien puso por nombre *Deseo*. Éste tenia los ojos grandes, azules y muy hermosos: la boca era bonita y pequeña; pero la naríz era tan grande, que le cubria la mitad de la cara. Quedó la Reyna desconsolada al ver aquella deformidad; pero deseando sus damas moderar su escesivo sentimiento, la dijeron que no era tan grande como ella creia, que á la verdad era una naríz á la romana; y que las historias traian repetidas noticias de que todos los héroes habian tenido naríz larga. Como la Reyna amaba con esceso á su hijo le agradó mucho esta especie, y despues la misma costumbre de mirarle hizo que llegase á no parecerle disforme. Criaron al Príncipe con gran cuidado; y cuando ya rompió á hablar, de nada se trataba mas que de satirizar en su presencia á

todos los que tenian la naríz corta; y solo se permitian á su lado aquellas personas que la tenian algo semejante á la suya, tanto, que varios de los cortesanos, con el deseo de obsequiar á la Reyna y al Príncipe, se empleaban con afan en tirar muchas veces al dia las narices de sus hijos con el fin de hacérselas crecer; pero por mas que lo deseaban era inútil su trabajo, pues respecto de *Deseo* parecian siempre chatos. Instruíanle en la Historia cuando fue de mas edad; y todas las veces que se ofrecia tratar de algun Príncipe grande ó alguna hermosa Princesa, se suponia que habia tenido la naríz larga. En su cuarto habia porcion de pinturas, y en todas se veian narices disformes, de modo que se acostumbró el Príncipe tanto á mirar como perfeccion la longitud de la naríz, que por una corona no hubiera dejado quitar de la suya una sola

línea. Luego que llegó á veinte años se pensó en casarle, y á este fin se le presentaron los retratos de varias Princesas, entre los cuales eligió el de *Querida*. Era ésta hija de un Rey poderoso, de quien debia heredar muchos reinos; pero *Deseo* estaba tan pagado de su hermosura, que solo ella le llevaba la atencion. Esta Princesa, á quien él tenia por tan amable, tenia sin embargo una naríz pequeña y regazada, que aunque agraciaba su semblante, puso á los cortesanos en una inquietud terrible. Estaban tan acostumbrados á burlarse de las narices pequeñas, que algunas veces se reian inadvertidamente de las de la Princesa, aun sin haberla visto. Pero *Deseo*, que sobre este punto era demasiado escrupuloso, desterró de la corte dos de ellos que habian atrevidamente satirizado la naríz de *Querida*; y con este ejemplo los demas aprendieron á

moderarse. Hubo uno que dijo al Príncipe en cierta ocasion, que á la verdad no podia ser amable un hombre que tuviese pequeña la naríz; pero que ésta hacia diferente efecto en la hermosura de la muger; y añadió, que cierto sabio le habia asegurado haber leido en un antiguo manuscrito griego, que la bella *Cleopatra* tuvo regazada la naríz. El Príncipe lleno de gozo con esta noticia hizo un magnífico regalo al lisonjero que se la habia dado; y en efecto despachó embajadores á pedir á la Princesa en casamiento. Habiéndosela concedido, salió á recibirla á tres leguas de su corte, estimulado del gran deseo que tenia de verla; pero al tiempo de acercarse á besarla la mano, se vió descender un encantador por el aire, el cual robó á su vista á la Princesa, dejándole en el mayor desconsuelo. Protestó entonces *Deseo* que no volveria á su reino hasta haber

encontrado á su *Querida*; y sin permitir que le acompañase ninguno de sus cortesanos, montó en un buen caballo, y dejando á su eleccion el camino que habia de seguir, echó á caminar por una estendida llanura, por la cual anduvo todo el dia sin encontrar pueblo ni casa alguna. Cerca de noche, cuando se hallaban casi muertos de hambre amo y caballo, vió el Príncipe una caverna en la cual habia luz. Habiendo entrado en ella vió una viejecilla, que á su parecer pasaba de cien años, la cual queriendo ponerse los anteojos para mirar al Príncipe, trabajó mas de dos horas para sujetarlos sobre la naríz, porque era sumamente roma. Dieron ambos á un tiempo una gran carcajada de risa al verse, y esclamaron: ¡ó y qué donosa naríz! La mia lo es mas que la vuestra, dijo *Deseo* á la vieja (que era una encantadora); pero

quedándose cada uno con su naríz, larga ó roma, os agradeceré me deis alguna cosa que comer, y lo mismo á mi pobre caballo, pues venimos muertos de hambre. Con mucho gusto, dijo la encantadora, porque á pesar de la ridiculéz de tu naríz, eres al fin hijo del mejor de mis amigos. Yo amé al Rey tu padre como á un hermano, y á la verdad tenia muy bien formada su naríz. ¿Y á la mia qué le falta para serlo? dijo *Deseo*. Nada, antes le sobra mucho, respondió la encantadora; pero eso no se opone al carácter de hombre de bien; y asi nada importa que tengas la naríz larga. Como te iba diciendo, yo fui amiga de tu padre, y este Príncipe en aquel tiempo venia á verme con frecuencia: yo entonces era muy linda, segun me decia: pero quiero contarte la conversacion que tuvimos la última vez que me vió. ¡Ah señora! dijo *Deseo*, adver-

tid que no he comido en todo el dia, tratad de darme de cenar, y despues os escucharé con gusto. ¡Pobre mozo! teneis razon, ya me habia olvidado de eso: voy pues á darte la cena, y mientras dura te contaré mi historia en cuatro palabras, porque no gusto de mucha prosa, teniendo por menos tolerable una lengua larga que una prolongada naríz; y me acuerdo muy bien que cuando yo era niña se admiraban todos de ver que no era picotera, lo cual se lo celebraban mucho á la Reyna mi madre, porque no obstante la situacion en que me ves, soy hija de un gran Rey. Mi padre..... Vuestro padre comeria cuando tuviese hambre, dijo el Príncipe, interrumpiéndola. No hay en eso duda, añadió la encantadora, y tú cenarás al punto; pero antes quiero decirte solamente que mi padre..... Y yo no quiero escucharos mientras no cene,

replicó el Príncipe lleno de ira; bien que trató de moderarse por su misma necesidad, y dijo á la encantadora: no dudo que el placer que recibiré al oiros podrá hacerme olvidar la hambre; pero mi caballo, que no puede entenderos, necesita comer alguna cosa. Remilgóse la encantadora con este cumplimiento, y respondió: no quiero que esperes mas. Llamó pues á sus criados, y añadió: eres muy lindo y muy amable á pesar de la incomparable deformidad de tu naríz. Mala peste te venga con mi naríz, dijo el Príncipe en su interior; mi madre debió robarle lo que falta á la suya: si no fuese tan vehemente mi hambre dejaria al punto á esta vieja habladora que dice no haber sido picotera cuando era niña: á la verdad que para no conocer los propios defectos es preciso ser demasiado necios: esto es lo que produce el haber nacido Princesa,

pues por esta causa la han echado á perder los lisonjeros haciéndola creer que hablaba poco. En tanto que el Príncipe reflexionaba de este modo ponian la mesa los criados; y él se admiraba de ver que la encantadora les hacia mil preguntas á cada instante sin mas fundamento que el deseo de hablar; pero lo que mas le pasmaba era que á cada palabra que la vieja decia alababa su discrecion su camarera. Por mi vida, decia él (sin dejar de comer), que estoy encantado de haber venido aqui; este ejemplo me advierte que he hecho muy bien en no escuchar á lisonjeros: ellos nos alaban desvergonzadamente, y nos ocultan nuestros defectos, cambiándolos en perfecciones. Por mi parte no seré de hoy mas engañado, pues que á Dios gracias conozco mis faltas: y efectivamente conocia que los que habian alabado su naríz le habian burlado, asi

como lo hacia entonces de su ama la camarera, pues veia el Príncipe que de rato en rato volvia á otra parte la cara para reirse de ella. Comia él sin cesar, y no hablaba una palabra; pero cuando ya se hallaba algun tanto satisfecho le dijo la encantadora: mi Príncipe, ladeaos un poco, pues con la sombra de vuestra larga naríz no veo lo que como: hablemos ahora de vuestro padre. Cuando él era pequeño iba yo á su corte; pero ya há cuarenta años que estoy retirada en esta soledad: decidme, ¿de qué modo se vive actualmente en ella? ¿gustan aún las damas de correrlo todo? En mi tiempo se las veia en un mismo dia en las tertulias, en las comedias, en los paseos, en los bailes... ¡Que sea tan larga vuestra naríz! yo no puedo dejar de estrañarla por mas que la miro. Por cierto, señora, dijo *Deseo*, que yo estoy gustoso con ella, y sentiria sin duda que

fuese mas corta; y pues á vos nada os importa que sea como fuese, os suplico dejeis esa conversacion. ¡Ó! ya veo que os doy pesar, mi pobre *Deseo*, replicó la encantadora, y no es esto lo que yo procuro; al contrario soy una de vuestras amigas, y apetezco serviros; pero no obstante que me choca vuestra naríz, no volveré á hablar mas de ella, y haré por persuadirme que sois romo; aunque si he de decir la verdad, con el material que se gastó en ella podian haberse hecho tres muy razonables. Como ya *Deseo* habia cenado se llegó por fin á irritar tanto con las conversaciones perdurables que la encantadora entablaba sobre su naríz, que montó en su caballo y se fue de alli. Continuó su viage, y por donde quiera que iba notaba que todos tenian que hablar de su naríz, y él los tenia á todos por locos; porque estaba tan hecho á que se la alabasen de

perfecta, que jamas llegó á persuadirse que era larga. La vieja encantadora, que deseaba serle útil, se anticipó á encerrar á *Querida* en un palacio de cristal, el cual puso en el camino por donde iba el Príncipe. Este, transportado de alegría al verla, quiso romperle, pero le fue imposible; y queriendo por lo menos acercarse para hablarla, ella por su parte arrimó la mano al cristal, y él pretendió besársela; pero fueron inútiles sus diligencias, pues de cualquier modo que lo intentaba siempre le impedia la naríz el acercarse. Esta fue la primera vez que conoció lo desmesurado de su naríz, y ladeándola con la mano, dijo: forzoso es conocer que mi naríz es muy larga. A este punto cayó en tierra hecho pedazos el palacio de cristal; y la vieja (que se dejó ver trayendo á *Querida* de la mano) dijo al Príncipe: confesad las grandes obliga-

ciones que me debeis: por mas que yo quisiese daros á entender el desmesurado tamaño de vuestra naríz no hubierais jamas conocido el defecto, á no haberos servido de estorbo el cristal para lo que apeteciais. Es constante que el amor propio nos oculta las deformidades de nuestra alma y cuerpo; y por mas que la razon procure descorrer el velo, no nos desengañamos hasta el momento en que este mismo amor propio las encuentra contrarias á nuestros intereses. *Deseo* (cuya naríz se habia reducido á un tamaño regular) se aprovechó de esta leccion, casó con *Querida*, y vivió felíz con ella muchos años.

Estefanía. Con razon dice vm. que ese cuento es muy bonito; pero señora Aya; ¿es posible que no se conozcan los defectos propios? Yo he estado siempre creida que no soy hermosa, y si me dijeran lo contra-

rio pensaria que se burlaban de mí.

Aya. El amor propio ha dicho á vm. que no es hermosa; pero yo apostaré que no cree vm. que es fea.

Estefanía. Cuando me miro al espejo veo que soy fea; pero habiéndome dicho repetidas veces que soy de las feas que agradan, estoy persuadida de que soy á un tiempo fea y agradable.

Aya. De ese modo, querida mia, si algun loco lisonjero dijese á vm. que es bonita, creeria vm. desde luego á luego que se burlaba; pero si repetia lo mismo muchas veces, vendria vm. por fin á creerlo. El olvidar los defectos es cosa muy fácil, á menos que no tengamos una amiga fiel que nos los advierta. Repitamos ahora nuestras historias. Principie vm., señora *Melchora.*

Historia del Patriarca Josef.

Melchora. Amaba *Jacob* mas á *Josef* que á los otros hijos, no solo porque era mas honrado que ellos, sino porque era hijo de su amada *Raquel*; pero sus hermanos le aborrecian por varios motivos. Un dia contó él á su padre una mala accion que sus hermanos habian hecho, y esto le indispuso para con ellos. En otra ocasion les dijo *Josef*: soñé que estabamos en un campo haciendo manojos de espigas, y que todos los vuestros se humillaban delante del mio. Soñé otra vez, que el sol, la luna, y once estrellas se humillaban á mi presencia. Aunque *Jacob* conocia que Dios enviaba estos sueños á *Josef*, le riñó sin embargo porque los revelaba, y le dijo: ¿crees tú que tu madre, yo y tus hermanos seremos siervos tuyos? Los demas hijos de

Jacob estaban llenos de enojo contra *Josef*; y un dia que se hallaban bien distantes con sus ganados, envió *Jacob* á *Josef* á saber de su salud, y viéndolo venir, dijeron: ved aqui nuestro soñador, matémosle. *Ruben*, que no era tan malo como los demas, replicó: no le matemos, sino arrojémosle en una cisterna: y esto lo dijo con intencion de volver á la noche á sacarlo. Hiciéronlo asi, y habiéndose despues dividido los hijos de *Jacob*, algunos de ellos, viendo venir unos mercaderes que pasaban á Egipto, sacaron á *Josef* de la cisterna, y lo vendieron á estos mercaderes por esclavo. *Ruben*, que lo ignoraba, vino á la noche á sacarlo de alli; y fue tanto el sentimiento que tuvo al hallarse sin él, que no pudo contener el llanto. Sus hermanos llenaron de sangre la ropa de *Josef*, y la enviaron á *Jacob*, quien desde luego creyó que alguna fiera lo ha-

bia devorado, por lo que se apesadumbró sobremanera.

Carlota. Señora Aya, ¿debemos dar crédito á los sueños?

Aya. No, querida mia: esta es la mayor necedad del mundo. Verdad es que Dios se ha servido algunas veces de sueños para manifestar su voluntad á sus siervos; pero no somos tan buenas, que podamos esperar semejantes favores. Por otra parte eso sucede rara vez, y solo en asuntos de la mayor consecuencia.

Melchora. Señora Aya, yo conozco cierta señora que declara los sueños de todos. Derrama una porcion de café sobre una mesa, y despues de haber hecho una esplicacion de este café derramado, dice á sus amigas todo lo que las ha de suceder. Esta es la señora.....

Aya. No es necesario, querida mia, nombrar las personas de quienes se refieren cosas que no son bue-

nas. Esa señora es una necia, y por lo mismo conviene que callemos su nombre. Tengan vms. esto siempre muy presente, niñas mias: solo Dios, y no otro alguno, sabe lo que está por suceder: luego será bien necia la que crea que se puede precisar á Dios á que lo revele todas las veces que se derrame una taza de café. Las personas de juicio deben burlarse de semejantes supersticiones.

Estefanía. Señora Aya, ¿sucede sin embargo alguna vez lo que se refiere de los sueños?

Aya. Una vez entre mil por casualidad; y por lo mismo es una locura alegrarse ni entristecerse por causa de un sueño. Vamos, señora *Carlota*, continúe vm. la historia de *Josef.*

Sigue la misma Historia.

Carlota. Los mercaderes que compraron á *Josef* lo vendieron á un gran Señor de Egipto, que se llamaba *Putifar.* Viéndose esclavo de éste, resolvió servir fielmente á su amo, por cuyo medio le ganó la voluntad. La muger de *Putifar* era perversa, y quiso obligar á *Josef* á que hiciese traicion á su marido; pero *Josef* no quiso jamas ejecutar tan vil accion. Ella, viéndose ultrajada por su resistencia, dijo á su marido que *Josef* era un perverso, que intentaba hacerle traicion; y *Putifar*, ignorando que su muger fuese una calumniadora, hizo meter en la cárcel á *Josef*, donde permaneció mucho tiempo; pero el alcaide de ella, movido de su virtud, le franqueó enteramente su amistad. Hallábanse en la misma prision dos oficiales de *Fa-*

raon, Rey de Egipto: el uno era copero suyo: esto es, el que servia la bebida, y el otro su panadero: quiero decir, el que le abastecia de pan. El copero dijo á *Josef*: yo he soñado que tenia unas hermosas uvas, y que habiendo esprimido el jugo de ellas en un vaso, bebia el Rey este jugo. Ese sueño significa, dijo *Josef*, que el Rey os perdonará, y os volverá al cargo que teniais. Cuando volvais á la corte, os ruego intercedais con el Rey para que me mande soltar de esta prision donde estoy sin culpa. El panadero dijo tambien á *Josef*: soñé que llevaba sobre mi cabeza una cesta llena de tortas, y que los pájaros venian á comerlas. Respondióle *Josef*: ese sueño significa que morireis ahorcado, y que las aves comerán vuestro cuerpo. Sucedieron estas cosas del mismo modo que *Josef* las habia profetizado; pero cuando el copero

volvió á la corte se olvidó de su amigo *Josef*, que quedaba en la cárcel.

Aya. Ya veis, señoras mias, que estos sueños y los otros de que antes tratamos los envió el Señor á *Josef* para que por ellos fuese conocida su inocencia; siendo este un milagro que Dios obraba para recompensarle y hacerle felíz. Luego no debemos persuadirnos que el Señor haga estos milagros sin necesidad, ni que sin ella quiera descubrir á los hombres lo venidero; y asi repito, que es una locura grande querer interpretar los sueños, y las que tienen juicio se burlan de cuanto acerca de esto se les dice.

Serafina. Aya mia, me irrito contra el copero, que se olvidó del pobre *Josef* siendo su amigo.

Aya. Las gentes de corte se mueven poco de la amistad, mi querida: ellos piensan solo en el modo de agradar al Rey para hacer su for-

tuna; y aunque algunas veces digan que son sus amigos, y que desean servirla, se olvidarán de vm. en el mismo punto que se separen de su presencia. Por esto pues no debemos creer sus promesas mientras no estemos asegurados de que son virtuosos; y dichoso aquel que no necesita de ellos.

Estefanía. Pues qué, ¿todas esas señoras que van á la corte son engañosas?

Aya. No, querida mia: no todos los que van á la corte son gentes de corte. Por gentes de corte se entienden aquellos que tienen la amistad del Príncipe, y que queriendo hacer en virtud de ella su fortuna, tienen celos de cuantos se acercan á su amo.

Estefanía. Si yo fuese amada de la Princesa ó de la Reyna, me parece que aunque otra lo fuese igualmente, no seria esto causa para que yo obra-

se mal, antes gustaria infinito el servir á todos.

Aya. Vm. lo piensa asi; pero debe saber que la amistad de los Príncipes trueca la razon, y que para conservar un buen corazon en la corte es necesario ser cuatro veces mas virtuosa: pero volvamos á nuestra historia. Notad, señoras mias, que *Josef* obedeció fielmente á su amo, y lo propio al alcaide de la cárcel, no obstante que él no habia nacido para ser esclavo; por cuya conducta adquirió su amistad.

María. Señora Aya, ¿*Josef* permaneció siempre en la cárcel?

Aya. No, querida mia. La señora *Melchora* va á proseguir su historia.

Melchora. Soñó *Faraon* un dia que veia siete hermosas vacas, cuya gordura causaba contento al mirarlas, y que al mismo tiempo veia otras siete tan flacas, que solo tenian el pellejo y los huesos, las cuales comieron á

las siete gordas. Habiendo dispertado el Rey, hizo buscar los hombres mas sabios de Egipto para que interpretasen este sueño; pero como Dios no les habia revelado su significacion, no pudieron hacerlo. Acordóse entonces de *Josef* el copero, y notició al Rey como á él y al panadero les habia esplicado un sueño. Mandó que le trajesen á su presencia, y dijo al Rey: Señor, las siete vacas gordas significan que vendrán siete años en los cuales se cogerá mucho trigo; pero tras de estos vendrán otros siete en que no se cogerá, y estos serán las siete vacas flacas que se comerán las gordas. Dijo el Rey á *Josef*: tú, que has conocido el mal, es necesario que des el remedio: yo tè doy amplias facultades para que hagas en mi reino todo lo que quieras. Mandó *Josef* construir unas grandes casas, y cuando todo el mundo tuvo hecha su pro-

vision de trigo compró él todo lo restante, y lo encerró en las casas que habia fabricado. Al fin de los siete años estas casas estaban llenas de trigo: ignoraban todos el motivo que para hacer esto tenia *Josef*; pero no tardaron mucho en conocerle; pues fenecidos los siete años, el trigo que se habia sembrado no nació, y los Egipcios se vieron precisados á ir á comprar el trigo del Rey, que estaba bajo la direccion de *Josef*: *Faraon*, habiendo comprendido los grandes talentos de *Josef*, le hizo su privado; esto es, el mayor Señor de su reino.

María. ¡Ah qué contenta estoy de ver al pobre *Josef* fuera de la cárcel! Señora Aya, suplico á vm. me diga: ¿envió á decir á su padre que vivia aún?

Aya. Eso lo veremos en la primera ocasion: ahora solo tenemos tiempo para repetir nuestra *geografia*.

Ya se acordarán vms. que encontramos cinco grandes partes al *nord* de la *Europa*, y que hay cuatro al *mediodia*: esplíquelas vm. á estas damas, señora *Serafina.*

Serafina. Al *ouest* se encuentra la *Francia*, cuya capital es *París.* Al *est* de la *Francia* se ve la *Alemania*, cuya capital es *Viena.* Al *nordest* de la *Alemania* está la *Polonia*, su capital *Cracovia*, hoy *Varsovia.* Al *sud* de la *Polonia* se halla la *Hungría*, cuya capital es *Buda.*

Aya. Además de estas cuatro partes principales de la *Europa*, en el medio se encuentran otros tres paises al rededor de *Francia.* El *País Bajo* al *nord*: la *Suiza* al *est*: y la *Saboya* tambien al *est*; pero mas al lado del *sud* que la Suiza.

Estefanía. ¿Cuáles son propiamente los *Paises Bajos*?

Aya. Esta estension de país que está entre la mar del *nord*, la *Fran-*

cia y la *Alemania*, llamada asi por estar situada ácia la mar, y por ser el terreno llano en la mayor parte de los paises, y en otras poco elevado. Se les distingue en *País Bajo septentrional* á los *protestantes*, y *País Bajo meridional* á los *católicos*. A los *Paises Bajos septentrionales*, ó *protestantes* se les han dado dos nombres: el de *Provincias Unidas*, porque se unieron de concierto para negar la obediencia al Rey de *España* su dueño; y el de *Holanda* de la principal de estas siete provincias, cuya capital es la ciudad de *Amsterdam*.

Carlota. ¿Es cierto que estas provincias no tienen Rey?

Aya. Sí, querida mia. Esta es una república; es decir, un estado gobernado por muchas personas; porque cuando en un estado hay una sola persona que le gobierna, en este caso este estado se llama *Monarquía*.

Estefanía. ¿No se les da otro

nombre á los *Paises Bajos católicos*?

Aya. Sí, querida mia. Llámanse tambien *la Flandes*, del nombre de una de sus principales provincias. Este país, que antes le poseía la España, pertenece actualmente á tres Soberanos: al Rey de *Francia*, á la Reyna de *Hungría*, y á los *Estados generales*. La parte correspondiente al Rey de *Francia* se llama *la Flandes francesa*, cuya capital es *Lila*. La respectiva al Emperador, cómo Archiduque de Austria, se dice *Flandes austriaca*, y su capital es *Bruselas*: y la perteneciente á los *Estados generales* se llama *la Flandes holandesa*. Esto lo veis todo distintamente demostrado en el segundo mapa de *Flandes* del *Athlas metódico*.

María. ¿Y cuál es la capital de *Saboya*?

Aya. Chamberi. Este es un país lleno de montañas, cuyas cumbres estan siempre cubiertas de nieve, y sus

valles continuamente helados: pertenece á un Príncipe llamado Rey de *Cerdeña*, el cual tiene su corte en *Turín*. La capital de la *Suiza* es *Berna*. Este país es el mas alto de *Europa*, y es un estado de los mas libres del mundo. Se compone de trece provincias ó cantones, y de algunas otras provincias aliadas é independientes las unas de las otras, y forman entre todas una poderosa república. A Dios, señoras, aprended bien vuestras lecciones en tanto que yo me dedico á buscaros un cuento para la primera ocasion que nos juntemos.

DIÁLOGO XI.

Jornada nona.

Estefanía. Señora Aya, tengo una bonita historia que contar á estas señoras, que por lo menos no es cuento, la cual acaban de escribírsela á mi madre en una carta que recibió ayer, y ha sucedido en París á una señora que madre conoce.

Aya. Estas señoras y yo la oiremos con gusto.

Estefanía. Cuando madre estuvo en París conoció á una señora que tenia una hija, llamada madama *Julia.* Esta doncella es la mejor del mundo, pues jamas ha hecho mal á nadie, ni aun á los animales, pues siente ver matar una mosca. Vió que unos muchachos iban un dia á echar

al rio un perro que llevaban atado con una soga; y aunque el perro era muy feo, y estaba todo cubierto de lodo, sin embargo *Julia* tuvo compasion de él, y dió una moneda á los muchachos porque la diesen el perro. Preguntóla entonces su camarera: ¿para qué quereis ese perro tan despreciable? Asi es, dijo *Julia*, pero tambien es desdichado, y si yo le abandono, nadie tendrá piedad de él. Mandólo lavar, y metiéndole en el coche, lo llevó á su casa. Dábanla todos brega sobre el perro; pero esto no ha impedido el que *Julia* haya conservado mas há de tres años al pobre animalito. Habrá ocho dias que estando en su cama ya medio dormida, saltó á ella el perro, y á toda priesa la tiraba de la manga, ladrando al mismo tiempo tan fuertemente, que la obligó á dispertar. Tenia en su cuarto una lamparilla, á cuya luz pudo observar que el perro

cuando ladraba miraba ácia debajo de la cama. *Julia* llena de miedo se levantó al punto, y abriendo la puerta dió voces á los criados, que por fortuna aún no estaban dormidos. Acudieron prontamente, y encontraron debajo de la cama un ladron con un puñal, el cual confesó que su intencion era matar á esta señorita en aquella noche, y quitarla sus diamantes. De este modo su pobre perro la salvó la vida.

Aya. Con razon dice vm., querida mia, que su historia es muy bonita. No tiene duda que la piedad aun con los brutos es señal de un corazon benigno y generoso; y para mí es muy loable la reflexion de la señora *Julia*: este perro no es hermoso, pero es desdichado. Todo el que es infelíz se hace recomendable á una persona compasiva; y por lo mismo las gentes de honor tratan con dulzura á sus criados y operarios.

María. Diga vm., ¿esas gentes son todas infelices?

Aya. Póngase vm. en su lugar, mi buena amiga. Su aya de vm. (por ejemplo) tenia en otro tiempo criados á quien mandar, y era de ellos obedecida; pero su actual pobreza la tiene hoy reducida á servir á otros; y esto bien ve vm. que ha de producir en ella sentimiento. Los otros domésticos, que jamas han sido ricos, no son desdichados si tienen buenos amos; pero si estos les riñen sin causa, los desprecian y los hablan con aspereza, en este caso dicen interiormente: mi pobreza me hace infelíz, pues por ella me veo precisado á servir á unas gentes perversas, que sobre maltratarme, me hablan como si fuese un esclavo, no obstante ser ellos criaturas de mi misma especie. Los mejores amos tienen caprichos á veces, que hacen á sus domésticos desdichados: por tanto es necesario te-

ner de ellos piedad, porque por esta causa tienen harto que tolerar estas pobres gentes, querida mia. El lacayo y el mozo de silla de vm. se ven por esas calles espuestos al agua, al viento y al frio, en tanto que vm. está bien abrigada en su coche ó en su silla. Tienen ademas otros mil motivos de pesar, y seria crueldad el aumentarselos. Lo propio digo de todos aquellos que se ven precisados á trabajar para sustentarse: es necesario cuidar mucho de no hacerles mas infelices de lo que son. Por ejemplo: si vm. envia á llamar á un pobre oficial, y despues de haber venido le hace esperar dos horas, ó manda decirle que se vaya, y vuelva en otra ocasion, porque entonces no tiene vm. oportunidad de hablarle; ¿no conoce vm. que mientras va y viene no trabaja; que le hace perder inútilmente el tiempo; que le precisará á trabajar de noche para con-

cluir su obra, sin lo cual acaso no tendrá que comer? Pregunto: ¿no es una escesiva crueldad hacer todas estas cosas?

Estefanía. Lo cierto es que en nada de eso se piensa, Aya mia. Yo hago ir y venir tres ó cuatro veces al zapatero y al sastre antes de tomarme la incomodidad de probarme la cotilla ó los zapatos: y me costará casi siempre lágrimas el acordarme de esto en lo sucesivo; pero por lo que hace á los domésticos, señora Aya, son ellos tan impertinentes, que con dificultad me mueven á compasion.

Aya. Querida mia, los malos amos son regularmente los que hacen á los criados malos: como vm. no los ame, ellos tampoco la amarán: sirven por la necesidad que tienen del dinero de vm.; pero al mismo tiempo maldicen su pobreza, porque los obliga á servir. Yo no olvidaré jamas lo que la señora B. aconsejaba

á una niña muy amable que perdió, y que acaso hubiera sido en adelante modelo á todas las señoras: "si quereis estar bien servida, querida mia, obrad de suerte que vuestros domésticos os sirvan con gusto, y no por interés: que no piensen en el salario que les dais: sino en la complacencia que hallarán en serviros. Vituperad como un crímen una palabra dura, porque lo será respecto de ellos: que conozcan en vuestro semblante y por vuestras palabras que les vivís agradecida de que cumplen con su obligacion: que os interesais en sus adelantamientos, que os compadeceis en sus enfermedades y en sus aflicciones. Si siguiéreis mis consejos, vuestros domésticos os mirarán como á una madre, os tendrán respeto, y querrán mas bien ganar cuatro pesetas en vuestra casa, que ocho en otra." Ved aqui, niñas mias, lo que esta respe-

table señora aconsejaba á su hija; y esta doncella habia practicado de tal modo las lecciones de su madre, que era adorada de toda la casa. Cuando se la ofrecia mandarles, acostumbraba decir: os suplico que hagais esto ó aquello: les daba gracias por los mas pequeños servicios que la hacian con un semblante dulce y agradable; y cuando se veia precisada á reprenderlos, lo ejecutaba sin reñir, de suerte que ellos temian desagradarla; y cuando murió lo sintieron del mismo modo que si cada uno hubiera perdido á su padre ó á su madre.

Estefanía. Ahora bien, señora Aya: yo quiero parecerme á esa señora, y ser buena respecto de mis criados á pesar de mi aya, que me riñe cuando les hablo.

Aya. Tiene razon en eso, querida mia. Es justo ser buena con los domésticos, pero no se debe familiarizar con ellos; porque esto será mo-

tivo para que la pierdan á vm. el respeto.

Carlota. ¿Y qué es familiarizarse con los domésticos?

Aya. Hablarlos sin necesidad, reir, retozar con ellos, preguntarles novedades, y contarles lo que se ha hecho.

Melchora. Señora Aya: cuanto ha dicho vm. hace madre con su camarera; la cuenta todo lo que se ha hecho, y ella la riñe á veces como si madre fuera una niña.

Aya. En primer lugar, querida mia, no debe vm. referir lo que hace su señora madre, mayormente cuando vm. cree que no es bueno. En segundo lugar su señora madre tiene razon para hacer lo que hace. Há veinte años que tiene esa camarera: sabe que ella, sobre amarla mas que á cuanto hay en el mundo, no quiere servir á otras señoras, sin embargo que la ofrecen mayores utilidades:

que cuando está madre enferma se queda muchas noches sin dormir esa pobre muger por hacerla compañía; y por otra parte conoce que siempre la ha dado buenos consejos, sin adularla. Quien logra la felicidad de tener un criado ó criada de esta clase, debe mirarle como á un amigo, y disimularle la libertad que se toma de regañar tal cual vez, porque se conoce es efecto de cariño, y que lo hace por nuestro bien: pero semejantes criados son raros, y por lo mismo se puede decir en general, que es malo familiarizarse con ellos. Pero esta conversacion de criados me ha hecho olvidar de una bonita historia que queria referir á vms. La señora *Serafina* la contará; pues la leimos ambas anoche.

Historia del Caminante *y el* Leon.

Serafina. Perdióse un caminante en un bosque cerca de anocheçer, y habiendo visto una caverna, se entró á esperar que amaneciese: á muy poco rato que estaba alli vió venir ácia la caverna un leon, y se llenó de temor creyendo que lo iba á despedazar. El leon andaba en tres pies, teniendo el otro levantado. Acercóse al viagero, mostrándole una espina que en aquel pie tenia clavada, y habiéndosela sacado el hombre, hizo además giras su pañuelo, envolviendo con ellas el pie del leon, y éste en agradecimiento le acariciaba como si fuese un perro, sin hacerle daño alguno. Continuó su viage el caminante la mañana siguiente, el cual, por haber cometido un delito algunos años despues, fue condenado á ser despedazado por las fieras. Pusié-

ronlo á este fin en un sitio llamado *Arena*, y soltaron contra él un furioso leon, que corriendo al punto para devorarle, se detuvo á mirar al hombre luego que estuvo junto á él. Habiéndolo conocido por el mismo que le sacó la espina, se llegó á él meneando la cabeza y la cola, dándole á entender con esto el gusto que tenia en haberle vuelto á ver. El Emperador sorprendido del caso, hizo venir ante sí al hombre, y le preguntó si conocia á aquel leon; el reo le contó su historia, y enterado el Emperador, le concedió la vida.

Carlota. ¿Pues qué veian los Emperadores morir á los delincuentes? Eso me parece que era crueldad.

Aya. Sí, querida mia: pero mas abominable era que las señoras, y todas las gentes de distincion concurrian á ver estos espantosos espectáculos con el mismo empeño que si fuesen á la ópera ó á la comedia; y les

servia tambien de diversion el ver luchar á unos hombres llamados *gladiatores*, los cuales se destrozaban por interés.

María. Confieso, señora Aya, que estoy gustosísima de no haber nacido entre ese vil pueblo. El otro dia reñian dos hombres frente de mi ventana, y ni aun mirarlos quise; pero mi criada me aseguró que tenia mucho gusto en verlos, porque jamas se le habia proporcionado igual ocasion; y desde entonces no la tengo cariño alguno. ¿Qué motivo hay para que á esas gentes no se les impida reñir? Si yo fuese Reyna los haria meter en la cárcel.

Estefanía. Y yo tambien, amiga mia; pero hay gentes que lejos de eso los provocan á la lucha. El otro dia yendo en mi coche vi á uno que mordia el brazo de su compañero como si fuese un perro, y empecé á esclamar y vituperar la insolencia de

los mirones que estaban alli porque no estorbaban á aquellos hombres que se hiriesen.

Aya. Con razon teneis horror á esas cosas, queridas niñas. Pero ya es tarde, tratemos de decir nuestras historias. Comience vm., señora *Melchora.*

Sigue la historia de Jacob.

Melchora. Tenia *Jacob*, como ya sabeis, señoras mias, muchos hijos, y gran número de criados, pero no tenian trigo de que hacer pan; y habiendo sabido que se vendia en Egipto, dijo á sus hijos: tomad dinero, y caminad á Egipto á comprar trigo. Partieron pues diez de ellos, y quedóse *Jacob* con el pequeño llamado *Benjamín.* Llegaron á Egipto, y habiéndose presentado ante *Josef* no le conocieron; pero él los conoció á ellos muy bien, y mostrándoles un

fingido enojo, les dijo: vosotros sois espías, y venís á cometer en este país alguna traicion contra el Rey. Humilláronse todos en su presencia, y le respondieron: Señor, nosotros no somos espías, somos hermanos, é hijos de un mismo padre. Tenemos aún otro hermanito que quedó en su compañía, y tuvimos otro que murió mucho tiempo há. Sois unos embusteros, replicó *Josef*, y no os creeré en tanto que á ese otro pequeño hermano que teneis no le traigais aqui. Ellos entonces (como no habian conocido á su hermano *Josef*, persuadidos á que éste no entenderia su lengua) dijéronse unos á otros: Dios nos castiga por haber muerto á nuestro pobre hermano *Josef* que nos pedia tuviesemos de él compasion. *Josef*, que no habia olvidado aún la lengua de su país, los entendió muy bien, y les dijo: andad, y volved á casa de vuestro padre, y traedme al pequeño

Benjamín: entre tanto detendré á uno de vosotros en la cárcel, y le mandaré matar si no dais la vuelta. Volvieron pues á su padre los nueve hijos de *Jacob*; y habiendo encontrado en sus sacos el dinero con que habian pagado el trigo (porque *Josef* habia mandado se les volviese á meter en ellos) quedaron aturdidos. Contaron á su padre este suceso, y *Jacob* se resistia á dejar ir á *Benjamín*; mas despues que consumieron todo el trigo les fue necesario dar la vuelta. Entonces *Judas*, el mayor de los hijos de *Jacob*, dijo, que él respondia de su menor hermano *Benjamín*; y con esto *Jacob* los dejó partir.

Aya. Continuad, señora *María*.

María. Llenóse *Josef* de gozo al ver á su jóven hermano, y haciendo sacar á *Simon* de la cárcel, mandó á su intendente que condujese á aquellos extrangeros á su casa; porque queria que comiesen en su

compañía. Ellos se asustaron al oir esto, y dijeron al intendente: aunque nosotros ignoramos el modo en que pudo suceder, lo cierto es que encontramos en nuestros sacos el dinero que en el viage anterior habiamos dado por el trigo. El intendente les respondió: sosegaos, yo recibí el dinero, y nada os pido. Llegó *Josef*, y les preguntó por la salud de *Jacob*; pero al ver á su hermano *Benjamín*, que era como él, hijo de *Raquel*, no pudo contener las lágrimas, y para disimularlas tuvo que retirarse por un corto rato. Habiéndose sentado despues á la mesa, dieron á *Benjamín* una porcion de comida cinco veces mayor que á los otros. El dia siguiente mandó *Josef* á su intendente les diera el trigo, ordenándole al mismo tiempo hiciese introducir en el saco de *Benjamín* una hermosa copa de oro en que él bebia. Cuando estaban ya algo dis-

TEXAS TECHNOLOGICAL COLLEGE LIBRARY
LUBBOCK, TEXAS

tantes los hijos de *Jacob*, echaron menos la copa de oro, y salió en su busca el mayordomo, y les dijo: sois unos ladrones y unos perversos: mi amo os ha recibido en su casa con imponderable amor, y vosotros en recompensa le llevais hurtada su copa de oro. Todos á una voz respondieron: nosotros no somos capaces de ejecutar tan indigna accion, y si nos encontrais la copa consentimos desde ahora ser esclavos de vuestro amo: y habiendo vaciado al punto sus sacos, encontraron la copa en el de *Benjamín*. Volvieron pues á la presencia de *Josef*, y éste les dijo: no es justo que los inocentes padezcan por el culpado; id vosotros con vuestro padre, y el ladron quedará por esclavo mio. Entonces arrojándose *Judas* á los pies de *Josef*, le respondió: señor, yo os ruego reprimais vuestro enojo, y permitais que quede yo por esclavo vuestro

en lugar de *Benjamín*, porque si mi padre nos viese sin él moriria de pesar. No pudo *Josef* reprimir mas las lágrimas, y haciendo retirar á todos los que alli estaban, dijo á sus hermanos: *yo soy vuestro hermano* Josef *á quien vendisteis: no tengais cuidado por esta causa, que yo os perdono. Dios lo permitió asi para que yo pudiese ahora abasteceros de trigo.* Habiendo sabido *Faraon* en este intermedio que *Josef* tenia alli á sus hermanos, se complació mucho con esta noticia, y le dijo: tomad carros, y enviad á buscar á vuestro padre: yo quiero que venga á Egipto con su familia, y le daré el mas fértil país para que le habite. *Josef* al punto envió sus hermanos á buscar á su padre *Jacob*, habiéndolos antes regalado mucho, y principalmente á su hermano *Benjamín.*

Aya. Continuad, señora *Carlota.*

Carlota. Llegaron á su padre los hijos de *Jacob* y le dijeron: alegraos; vuestro hijo *Josef* vive todavia; él es en Egipto un gran señor, y tiene bajo de su mano los granos de todo aquel reino. No queria *Jacob* creer esta noticia; pero luego que vió los presentes dió gracias á Dios llorando de gozo, y se puso en camino para ir á ver á su amado hijo *Josef.* Éste, despues de haber abrazado á su padre, le presentó al Rey, el cual le preguntó qué edad tenia. Tengo ciento y treinta años, respondió *Jacob*, y los dias de mi viage sobre la tierra han sido cortos y llenos de pesares. *Faraon* dió á *Jacob* y á sus hijos un hermoso país abundante de pastos para sus ganados, y en él vivió despues muchos años. Antes de morir predijo á sus hijos todo lo que habia de sucederles, asegurando á su hijo *Judas* que recaeria en su casa la corona, y no

saldria de ella jamas. Sus huesos fueron conducidos despues á la sepultura de sus padres, porque él habia hecho que *Josef* con juramento le ofreciese hacerlo asi. Vivió *Josef* muchos años despues, y como le habia revelado Dios que los descendientes de *Jacob*, llamados *Israelitas*, saldrian algun dia de Egipto, hizo jurar á sus hijos que conducirian consigo sus huesos, y los colocarian junto á los de *Jacob* su padre.

Estefanía. Á la verdad, señora Aya, que no he podido dejar de llorar al oir esta historia. *Josef* obró como hombre de honor en perdonar á sus hermanos, habiéndole tratado ellos tan cruelmente.

Aya. Despues de la muerte de *Jacob* temieron los hermanos de *Josef* que éste se vengase de ellos, pero él los aseguró, repitiéndoles muchas veces que su esclavitud habia sucedido por voluntad de Dios, y que él los

habia ya perdonado de todo corazon.

Serafina. Yo por mí admiro, señora Aya, la sabiduría del Señor, que se sirve á veces de la malicia de los hombres para llevar al cabo sus designios. ¿Quién no habia de pensar que era *Josef* infelíz en tener tan perversos hermanos, siendo vendido como un esclavo, siendo acusado por la muger de *Putifar*, y finalmente siendo metido en una cárcel? No obstante, si todos estos trabajos no le hubieran sobrevenido, no hubiera conseguido el gusto de salvar á Egipto y á su familia, ni el de perdonar á sus hermanos.

Carlota. Pues que ¿hay complacencia en perdonar á los que nos hacen mal?

Aya. Sí, querida mia: este es el mayor placer que puede haber en el mundo: júzguelo vm. por sí misma. Yo supongo que está vm. muy enojada contra mí, que me llena de inju-

rias, que me quita mi caudal, que me saca un ojo; y que despues que vm. ha ejecutado todo esto en perjuicio mio, la encuentro en un bosque próxima á morirse de hambre, y que socorro su necesidad dándola de comer; ¿no diria vm. entonces: soy muy perversa en haber hecho mal á una persona tan buena?

Carlota. Me hace vm. llorar con solo decirlo. Protesto á vm. que tendria sumo dolor en haberla ofendido tanto; y despues de pedirla perdon procuraria hacer á vm. tanto bien, que por él se olvidase de mis iniquidades.

Aya. Ya conoce vm., querida mia, cuánta seria mi alegría al ver su enmienda. Esto me produciria sin duda mas placer que el mal que con vengarme podria haber causado á vm.

Estefanía. Pero si lejos de agradecer á vm. el pan que le hubiese dado continuase aún la señora *Carlota*

haciendo á vm. mal, en este caso no tendria vm. el placer de ver su enmienda.

Carlota. Señora, yo aseguro á vm. que no es tanta como vm. cree mi perversidad, y que jamas pensaria en hacer mal á esta señora habiendo sido tan buena para mí.

Estefanía abrazando á Carlota.

Lo sé muy bien, querida mia; y lo que yo digo es solamente una suposicion.

Aya. Pues aun suponiendo que la señora *Carlota* ú otra cualquiera continuase no obstante en ser perversa, siempre que yo la hubiese vuelto bien por mal, me resultaria la satisfaccion de estar gustosa con mi proceder. Este placer es el mayor que puede haber, y nuestros propios enemigos no nos lo pueden quitar.

Serafina. Aya mia, permítame

vm. que cuente á estas señoras una historia muy bonita de que ahora me acuerdo, y viene al caso.

Aya. Sí, querida mia, con sumo gusto.

Venganza noble de Licurgo.

Serafina. Hubo un hombre llamado *Licurgo*, que dió leyes á una ciudad llamada *Esparta.* No entraba gustoso en estas leyes un jóven que aborrecia á *Licurgo*; el jóven habiendo dado un golpe con un palo al legislador, le sacó un ojo. Entonces el pueblo de *Esparta* dijo á *Licurgo*: tomad ese perverso mozo, y castigadlo á vuestra voluntad. Me agrada, dijo *Licurgo*, yo le castigaré de un modo que asombre al universo. Condújolo á su casa, y en ella le trató como si fuese hijo suyo. Repetíale con frecuencia que nada era para él de mayor gusto que

perdonar á sus enemigos, y ser dulce y honrado; y el mancebo estimulado de su bondad, propuso enmendarse y ser tan bueno como él si le fuese posible. Á la verdad este género de venganza que tomó *Licurgo* dejó asombrado á todo el pueblo; pero el mancebo dijo al mismo pueblo: el castigo ha sido mas severo de lo que pensais: si me hubiera mandado matar solo hubiera tenido que penar por un solo momento; pero en virtud de su buena conducta tendré que tolerar toda mi vida el dolor de haberle sacado el ojo.

Aya. Esa historia es muy bella, y vm. la ha esplicado muy bien. Digamos algo de *geografia*, pues ya es tarde. Os tengo prometido decir los nombres de las partes de *Europa* que se hallan al *sud*, y en que hay cinco principales. *Portugal* se encuentra al *sud-ouest*. Al *est* de *Portugal España*. Al *est* de *España* hay un gran-

de mar llamado el *Mediterráneo*, y siguiendo este mar ácia levante se halla la *Italia*, qùe tiene la figura de una bota de montar. Al *est* de la *Italia* se encuentra la *Turquía* de *Europa*. Y al *nordest* de la *Turquía* de *Europa* está la *pequeña Tartaria*. La capital de *Portugal* es *Lisboa*: la de *España* es *Madrid*: la de *Italia* es *Roma*, donde tiene su silla el Sumo Pontífice, cabeza de la Iglesia: la de *Turquía Constantinopla*; y no la tiene la *pequeña Tartaria*, porque sus pueblos viven en tiendas como lo practicaba *Abraham*.

Maria. Aya mia, la señora *Serafina* dijo una palabra que yo no comprendo. ¿Qué quiere decir legislador?

Aya. Un hombre que establece leyes; y como *Licurgo* dió las leyes á la ciudad de *Esparta*, se dice que es legislador.

DIÁLOGO XII.

Jornada décima.

Carlota. Señora Aya, yo he encontrado en un libro todo cuanto vm. nos ha referido de la *geografia*, y muchas mas cosas que he aprendido de memoria.

Aya. ¿Y qué nombre tiene ese libro?

Carlota. Geografia de Mr. J. Palairet, y es muy facil aprenderla en este libro.

Aya. Es constante, niñas mias: este es el mejor libro de *geografia* que hasta hoy se ha visto para las señoras jóvenes. Es necesario que todas vms. pidan á sus madres que se le compren. Tambien compuso los mapas de que nos servimos, y son escelentes.

Melchora. Yo aseguro á vm., señora Aya, que la estimo mas que las mias, porque estan todas manchadas y pintarrajadas. Cuando mi maestro busca en ellas el nombre de alguna ciudad tarda un cuarto de hora en encontrarle, aunque tenga puestos los anteojos.

Aya. Consiste en que incluye un sin número de nombres. Veamos pues lo que la señora *Carlota* ha aprendido de memoria.

Carlota. He aprendido á viajar sobre todos los mares de la *Europa*, pasando los estrechos. Éntrome pues en un mar que está al *est* de la *Europa*, llamado el mar de *Asof* ó del *Azabache*. Salgo de éste por el estrecho de *Casa*, y entro en el mar *Negro*. Sepárome del mar *Negro* por el estrecho de *Constantinopla*, y me encuentro en el mar de *Marmora*. Salgo de éste por el estrecho de los *Dardanelos*, y entro en el *Mediterráneo*. Entre *Italia* y *Sicilia* encuen-

tro el estrecho ó *faro de Mecina.* Entre las Islas de *Córcega* y *Cerdeña*, que tambien estan en el *Mediterráneo*, hallo el estrecho de *Bonifacio.* Salgo del *Mediterráneo* por el estrecho de *Gibraltar*, y me introduzco en el grande *Oceano.* Entre *Francia* é *Inglaterra* encuentro la *Mancha* ó *Canal Británico.* De alli voy al *paso de Calais*, que asimismo se llama estrecho de *Douvre.* Despues sigo á la mar del *Nord* ó de *Alemania.* Y últimamente paso por el *Sund*, y entro en el mar *Báltico.*

Aya. Descansad, querida mia, que habeis hecho un dilatado viage.

Carlota. Con todo eso no estoy muy fatigada. Para la primera vez aprenderé no solo los nombres de todas las montañas de *Europa*, sino tambien los de todos los golfos.

Aya. Eso será muy bien hecho: y yo ahora para recompensar á vm. su trabajo la diré un bonito cuento.

Cuento de Aurora *y* Amada.

Hubo una vez una señora que tenia dos hijas: la primera, que era bella como el sol y tenia una condicion amable, se llamaba *Aurora*: y la segunda, que era tan hermosa como su hermana, aunque maligna y de unas perversas entrañas, se llamaba *Amada*. La madre habia sido muy linda, mas su edad se iba ya desviando de la juventud, y esto la producia un sumo pesar. *Aurora* tenia diez y seis años, y *Amada* tenia solos doce, por cuya causa su madre, que sentia que la tuviesen por vieja, resolvió dejar su país donde todos la conocian; y para desprenderse de su hija mayor (porque no se viese que tenia una hija de tanta edad) dispuso enviarla á la aldea, y pasó con la menor á establecerse en otra ciudad, en la cual estendió la

voz que ésta solo tenia diez años, y que cuando la tuvo era ella de quince escasos. Sin embargo, como temiese el descubrimiento de su engaño, mandó llevar á *Aurora* á un país muy distante; y el que la conducia, viéndola dormida, la dejó en un espeso bosque donde se habian parado á descansar. Cuando ella despertó, y vió que estaba sola, echó á llorar. Era ya cerca de noche, y habiéndose levantado, trató salir de aquel lugar; pero lejos de encontrar el camino, se internó mas en el bosque. Por último vió á larga distancia una luz, y caminando ácia ella, llegó á una pequeña casa, á cuya puerta llamó. Salió á abrirla una pastora, y ésta la preguntó qué buscaba. Madre mia, dijo *Aurora*: yo os ruego tengais piedad de mí, y permitais me recoja en vuestra casa, porque si me quedo en el bosque, seré sin duda comida por los lobos. Con mucho gus-

to, respondió la pastora; mas decidme: ¿qué causa ha habido para que esteis á estas horas en este desierto? Contóle *Aurora* su historia, y añadió: ¡por ventura no soy sumamente desdichada en tener una madre tan cruel! ¡No hubiera sido mejor morir luego que salí al mundo, que vivir para ser maltratada de este modo! Porque ¿qué he hecho yo contra Dios para que me haya reducido á esta miseria? Hija mia, replicó la pastora, nosotras jamas debemos murmurar contra Dios: él es Todopoderoso, es Sabio: él os ama, y por lo mismo debeis creer, que si ha permitido vuestra desgracia ha sido por vuestro bien: confiad en el Señor, y vivid segura de que es protector de los buenos, y que las cosas de pesar que les ocurren no siempre son por su desgracia. Quedaos pues en mi compañía, yo os serviré de madre, y os amaré como si fueseis mi hija.

Condescendió *Aurora* gustosa á esta oferta; y el dia siguiente la dijo la pastora: iba á poner á vuestro cuidado un corto rebaño, pero temo daros este pesar: tomad en su lugar una rueca, y os entretendreis hilando. Madre mia, replicó *Aurora*, yo soy una doncella de calidad, y no sé trabajar. Pues tomad un libro, añadió la pastora. No gusto de leer, respondió *Aurora* con el semblante encendido de vergüenza, por el temor de confesar que no sabia leer tan bien como era regular: pero últimamente viendo que le era forzoso, la declaró la verdad, diciendo: no quise aprender á leer bien cuando era pequeña, y despues que fui mayor no he tenido tiempo para ello. ¿Habreis segun eso tenido que atender á grandes ocupaciones y negocios? Sí, madre mia. Por la mañana me paseaba con mis amigas: por la tarde me componia, iba á nuestra ter-

tulia, despues á la ópera y á la comedia, y por la noche al baile. No se puede negar que teniais grandes ocupaciones, dijo la pastora, y es de creer que no viviriais jamas disgustada. Perdonadme, madre mia, respondió *Aurora*, que cuando estaba un cuarto de hora sin compañía (lo que me sucedia rara vez), me aburria de muerte, y mucho mas cuando íbamos al campo, porque entonces, por entretenerme en algo, pasaba todo el dia componiéndome, y volviéndome á descomponer. De este modo, añadió la pastora, ¿estariais con poco gusto en el campo? Lo propio me sucedia en la ciudad, dijo *Aurora*. Si jugaba perdia mi dinero: si concurria á una tertulia, solia ver en ella á mis compañeras mejor portadas que yo, lo que era para mí muy doloroso: si iba al baile, solo trataba de buscar defectos á las que bailaban mejor que yo; y en una pala-

bra, jamas he tenido un dia sin pesar. Pues no volvais á quejaros de la Providencia, respecto de que habiéndoos traido á esta soledad, os ha quitado mas disgustos que placeres; y esto no es lo mas: vos hubierais sido en lo sucesivo aun mas infelíz; porque en fin la juventud no dura siempre: el tiempo del baile y de la comedia se pasa: la que llega á la vejez, y no obstante quiere andar siempre de tertulia en tertulia, se espone á ser la burla de las jóvenes. Por otra parte ni se atreve á bailar por esta misma causa, ni menos á componerse; y entonces es consiguiente, no solo su eterno disgusto, sino que se contemple en un estado deplorable. Pero, madre mia, dijo *Aurora*, para estar sola no hay aguante: el dia parece un año cuando se pasa sin compañía. No teneis razon, querida mia: yo estoy aqui sola, y los años me parecen tan cortos

como los dias. Si vos gustais os enseñaré un secreto para que jamas esteis disgustada. Eso será para mí de mucha complacencia, dijo *Aurora*: vos podeis dirigirme como os pareciere conveniente, segura de que deseo obedeceros. La pastora, aprovechándose de la buena voluntad de *Aurora*, la escribió en un papel todo cuanto debia ejecutar, y la ponia el dia repartido entre la oracion, la lectura, el trabajo y el paseo. Como no habia reloj en el bosque, no sabia *Aurora* la hora que era, pero la pastora la conocia por el sol. Llamó un dia á *Aurora* para que viniese á comer, y ella dijo: madre mia, vos comeis muy temprano, há muy poco tiempo que nos levantamos. Ya son las doce, respondió la pastora sonriéndose, y nos levantamos despues de las cinco; pero cuando se ocupa el tiempo útilmente, se pasa breve, y nunca enfada. Contenta en estremo

Aurora con está nueva vida, se aplicó de todo corazon á la lectura y al trabajo; y se tuvo mil veces por mas felíz en medio de sus ocupaciones campestres, que en la ciudad. Conozco muy bien, dijo ella á la pastora, que cuanto Dios obra es en beneficio nuestro. Si no hubiese mi madre sido injusta y cruel conmigo, siempre me hubiera quedado en mi ignorancia; y la vanidad, el ócio y el deseo de agradar me hubieran hecho perversa y desdichada. Habia un año que estaba *Aurora* en la soledad con la pastora, cuando el hermano del Rey vino á cazar adonde ella apacentaba sus ganados. Llamábase *Ingénuo*, y era el mejor Príncipe del mundo; pero el Rey su hermano, que se llamaba *Furbin*, en nada le era semejante, porque su mayor gusto le fundaba en engañar á sus vecinos, y arruinar á sus vasallos. *Ingénuo*, embelesado con la her-

mosura de *Aurora*; la dijo que si queria casarse con él se tendria por muy dichoso. Parecióle á ella sumamente afable el Príncipe; pero como sabia que una doncella cuerda no debe escuchar á los hombres cuando las dicen estas cosas, le dijo: señor, si hablais de veras, id y tratad eso con mi madre, que es una pastora que habita en la casa que alli abajo veis; y si ella gustase que seais mi esposo, no pondré por mi parte repugnancia, pues su capacidad y cordura hacen que jamas la desobedezca. Iré muy gustoso, doncella hermosa, respondió *Ingénuo*, yo os pediré á vuestra madre, pero contra vuestro gusto jamas me casaré; porque puede darse el caso de que su condescendencia sea para vos pesar, y quisiera morir antes que disgustaros. Un hombre que piensa de este modo, dijo *Aurora*, tiene virtud; y una doncella no puede ser desdicha-

da con un hombre virtuoso. *Ingénuo* se despidió de *Aurora*, y habiendo hablado sobre el mismo fin á la pastora, conoció ésta su bondad; y condescendió gustosa en su casamiento. Prometió él que volveria dentro de tres dias, y acordaron que *Aurora* estuviese en compañía de la pastora, para que el Príncipe la viera; y habiéndola dado por prenda su anillo, se despidió el hombre mas contento del mundo. Estaba *Aurora* impaciente por volver á la casería: habíala parecido el Príncipe tan amable, que sentia que aquella á quien ella llamaba, madre le hubiese desagradado: pero, sacóla del cuidado la pastora, diciéndola: no porque *Ingénuo* es un Príncipe he consentido en vuestro casamiento, sino por ser el hombre mejor del universo. Esperaba *Aurora* con impaciencia la vuelta del Príncipe; pero el segundo dia despues de su ausencia estando apacentando

su ganado, cayó por casualidad en una zarza, y se lastimó toda la cara. Miróse despues en un arroyo, y como le corria la sangre por ella, se causó á sí misma horror. Fuése á su casa, y al entrar dijo á la pastora: ¡por cierto, madre, que soy muy infelíz! *Ingénuo* vendrá por la mañana, y me despreciará sin duda al verme tan horrible. La pastora sonriéndose la respondió: esa caida será por vuestro bien, pues que Dios lo ha permitido: vos conoceis que él os ama, y que sabe mejor que vos lo que os conviene. Conoció *Aurora* su falta (que lo es sin duda murmurar contra la Providencia), y dijo en su interior: si el Príncipe *Ingénuo* no quisiese casarse conmigo, haré cuenta que hubiera sido desgraciada en su compañía. No obstante la pastora la lavó la cara, y la sacó varias espinas que se la habian clavado en ella. La mañana siguien-

te estaba *Aurora* horrible por habérsela hinchado tanto la cara, que no se la veian los ojos. A las diez del dia oyeron que habia parado á su puerta una carroza; pero en lugar de *Ingénuo* vieron apear al Rey *Furbin*. Un cortesano de los que habian salido á caza con el Príncipe dió noticia al Rey de que su hermano trataba casamiento con una hermosa doncella que habia visto en el campo; y *Furbin* dijo al Príncipe: sé bien vuestro atrevimiento en haberos querido casar sin mi permiso; y para castigaros resuelvo casarme yo con esta doncella, si fuese tan hermosa como se dice. Entró pues en casa de la pastora, y preguntándola por su hija, respondió mostrándosela: vedla alli, señor. ¿Quién? ¿ese monstruo? replicó el Rey. ¿No teneis otra, á quien ha dado mi hermano su anillo? Vedlo aqui en mi dedo, dijo *Aurora*. Oyendo esto dió el Rey

una gran carcajada de risa, diciendo: aunque no habia creido que mi hermano tuviese tan ruin gusto, me complazco en poder castigarle. Mandó á la pastora que sobre la cara de *Aurora* echase un velo, y haciendo venir alli á *Ingénuo*, le dijo: hermano mio, pues vos amais á la bella *Aurora*, yo quiero que al punto os caseis con ella. Y yo no quiero engañar á nadie, dijo esta doncella quitándose el velo: mirad mi cara, *Ingénuo*: de tres dias á esta parte me he puesto horrible: ¿quereis sin embargo casaros conmigo? A mis ojos pareceis ahora mas agradable que nunca, dijo el Príncipe, porque conozco que hay aún mas virtud en vos de la que yo pensaba. Dióla entonces su mano, y *Furbin* se reia á carcajada tendida. Mandó que se casasen al punto, y hablando con *Ingénuo*, le dijo: pues sabeis que yo no gusto de monstruos, podeis

quedaros con vuestra esposa en esta cabaña, y os prohibo llevarla á la corte; y montando luego en su carroza marchó, dejando á *Ingénuo* transportado de alegría. Ahora bien, dijo la pastora: ¿os juzgais aún desgraciada por haberos caido? Pues sabed que á no haberos sobrevenido este contratiempo, el Rey se hubiera agradado de vos; y si le hubiérais negado su mano, hubiera hecho morir á *Ingénuo*. Teneis razon, madre mia; pero no obstante yo estoy horrible, y temo que esté el Príncipe pesaroso de haberse casado conmigo. No lo creais, dijo *Ingénuo*: cualquiera se acostumbra al semblante de una fea; pero no es posible acostumbrarse á unas propiedades perversas. Yo estoy encantada con vuestro modo de pensar, le dijo la pastora; pero *Aurora* volverá á su hermosura, pues una agua que tengo la curará la cara. Efectivamente en

virtud de aquella agua el semblante de *Aurora* quedó como antes al cabo de tres dias; pero el Príncipe temeroso de que su perverso hermano pensase en robársela si llegaba á verla, la rogó que trajese siempre puesto el velo. *Furbin*, deseoso de casarse, mandó que varios pintores le trajesen retratos de las mas hermosas damas; y habiéndose apasionado del de *Amada*, hermana de *Aurora*, la hizo conducir á la corte, y celebró con ella su casamiento. *Aurora* se alteró mucho con la noticia de que su hermana era Reyna, y no osaba salir de casa, conociendo la perversidad de aquella, y el mucho aborrecimiento que la tenia. Déntro de un año tuvo *Aurora* un hijo, á quien llamó *Hermoso dia*, y le amaba con esceso. Cuando este niño empezó á hablar descubrió tanto talento, que era toda la alegría de sus padres. Estaba un dia á la puerta de la casa

con su madre, y habiéndose quedado ésta dormida, cuando dispertó se halló sin su hijo. Prorumpió entonces en grandes esclamaciones, y corrió todo el bosque inútilmente en busca suya; y aunque la pastora la trajo á la memoria que nada sucede que no sea por nuestro bien, halló suma dificultad en consolarla. El dia siguiente fue cuando ella se vió precisada á confesar que la pastora tenia razon. *Furbin* y su muger, llenos de rabia porque no tenian hijos, resolvieron dar muerte al sobrino, y enviaron soldados para que lo pusiesen en ejecucion; pero fue inútil su deseo, porque no les fue posible dar con él. Viendo pues que no le encontraban, pusieron á *Ingénuo*, á su muger y á la pastora en una barca, y para no tener jamas noticias de ellos los entregaron á la discrecion del mar. Esta fue la ocasion en que creyó *Aurora* debia considerarse des-

graciada; pero la pastora la repetia siempre, que Dios nunca deja de obrar lo mas conveniente. El tiempo estaba sereno, y la barca navegaba con tranquilidad: por último abordaron á una ciudad situada á la orilla del mar, en ocasion que el Rey de ella se hallaba en guerra. Á esta ciudad pues pusieron sitio los enemigos el dia siguiente, y como *Ingénuo* tenia un valor grande, pidió al Rey le concediese tropas con las que pudiese hacer algunas salidas. Habiéndoselo concedido, tuvo la felicidad de matar al sitiador; y sus soldados, viendo muerto á su gefe, huyeron precipitadamente. El Rey sitiado, que no tenia sucesion, agradecido al servicio que *Ingénuo* le habia hecho, le adoptó por hijo. Cuatro años despues se supo que *Furbin* habia muerto de pesar de verse casado con una muger inícua; y el pueblo, estimulado del aborrecimiento que

la conservaba, la habia arrojado de la ciudad, enviando embajadores á *Ingénuo*, ofreciéndole la corona. Embarcóse pues con su muger y la pastora; y habiéndoles sobrevenido una tempestad que les hizo naufragar, pudieron salvarse en una isla desierta. No se afligió *Aurora* en esta ocasion, porque era ya sábia á fuerza de esperiencias, y creyó que por su bien habia Dios permitido este naufragio. Para que los navíos que pasasen pudiesen acudir á darles socorro, pusieron á la orilla del mar un delantal de la pastora en lo alto de un palo, que los avisase. Cerca de noche vieron venir ácia ellos una muger que traia un niño consigo, el cual luego que *Aurora* le vió lo conoció por su *Hermoso dia*; y habiendo preguntado á esta muger dónde habia adquirido aquel niño, respondió que su marido, que era corsario, le habia robado; pero que ha-

biendo naufragado cerca de aquella misma isla, habia podido salvarse ella con aquel niño que tenia en sus brazos. Dos dias despues los navíos que buscaban por la mar los cuerpos de *Ingénuo* y *Aurora*, creyendo que hubiesen perecido, decubrieron el lienzo blanco, y acercándose á la isla, condujeron á su reino al Rey y á su familia. *Aurora* no volvió jamas á quejarse de ningun contratiempo que le ocurriese, sabiendo ya por esperiencia propia, que las que nos parecen desdichas son regularmente causa de nuestra felicidad.

Estefanía. Aseguro á vm., señora, que he recibido suma impaciencia por todas las desdichas de *Aurora*; pues no podia persuadirme á que sucediesen por su bien.

Carlota. Por lo que hace á mí, creo que el parecerme largo el dia consiste en ser yo una perezosa, y que no gusto de trabajar.

Aya. Tiene vm. razon; querida mia: el dia solo es largo para los perezosos: si quiere vm. que nunca la enfade, conviene que tenga como *Aurora* un papel donde todas las horas esten distribuidas útilmente; y á cada una os daré, señoras mias, si gustais, un pequeño reglamento, que os hará parecer cortos los dias.

Estefanía. Con mucho gusto, señora *Aya.*

Todas juntas. Tambien nosotras queremos cada una el suyo.

Aya. Sea enhorabuena: en tomando el te le trabajarémos, y antes la señora *María* nos dirá su historia.

Sigue la Historia sagrada.

María. Los hijos de *Jacob*, que se llamaban *Israelitas*, tuvieron un copioso número de descendientes, de los cuales se formó un dilatado pueblo. Mucho tiempo despues otro Rey

llamado tambien *Faraon* ascendió al trono, y *Josef* habia muerto antes que este Rey naciese. Este perverso Rey, queriendo hacer perecer á los *Israelitas*, los precisaba á trabajar construyendo ciudades; pero cuanto mas trabajaban se hallaban mas robustos, y tenian mas hijos; por lo cual *Faraon*, que solo pensaba en destruirlos, mandó que fuesen arrojados al Nilo todos los hijos varones que naciesen de los *Israelitas*. Habiendo pues tenido un hijo muy hermoso un hombre de la tribu de *Leví*, su madre le ocultó por tiempo de tres meses; pero temerosa de que por fin se lo descubriesen, hizo una cestita embetunada, y metiendo al niño dentro de ella, lo condujo á la orilla del Nilo donde lo dejó, ordenando á su hija *María* que permaneciese en aquel sitio para observar lo que con él sucediese. Á corto rato vino á bañarse la hija de *Faraon*, y

descubriendo la cestita, mandó á una de sus damas la cogiese. Habiendo visto en ella á este hermoso niño, se compadeció de él, y resolvió salvarle. Oyólo *María*, y la dijo: señora, yo conozco una muger, que si gustais podrá criarlo: fue pues á dar aviso de todo á su madre, y la Princesa, habiendo puesto á este niño el nombre de *Moyses*, le dió por ama á su misma madre, ignorando que lo fuese.

Aya. Continuad, señora *Carlota.*

Carlota. Cuando *Moyses* fue grande, la hija de *Faraon* lo adoptó por hijo suyo, y vino á ser un gran señor; pero las riquezas y los placeres de la corte no fueron capaces de hacerle olvidar á sus hermanos los *Israelitas.* Vió un dia que á uno de ellos le maltrataba un *Egipcio*, y *Moyses* le quitó la vida que él queria quitar al *Israelita*, y ocultándolo debajo de la arena, le pareció

que nadie le habia visto. El dia siguiente viendo reñir á dos *Israelitas*, les dijo: ¿por qué reñís? Vosotros sois hermanos, y es justo que vivais en paz. Uno de ellos le replicó: y vos ¿por qué os meteis en eso? ¿sois acaso nuestro juez? ¿pensais tal vez matarme hoy á mí como ayer matásteis al *Egipcio*? Como *Moyses* estaba persuadido de que nadie le habia visto matar á aquel hombre, se dejó poseer del temor; y habiendo despues sabido que el Rey le queria mandar quitar la vida, se huyó á otro país. Cansado de lo que habia caminado, se sentó cerca de un pozo para tomar aliento, y estando allí vió venir siete doncellas, que eran todas hijas de un mismo padre llamado *Jetro*: estas sacaban agua del pozo para dar de beber á sus ganados; pero unos pastores que llegaron poco despues quisieron desviarlas, y *Moyses* lo estorbó. Dieron ellas vuelta á su ca-

sa, y habiendo referido á su padre lo que les habia pasado, las dijo *Jetro*: ¿por qué pues no habeis rogado á ese hombre que viniese á tomar un bocado con nosotros? Trájole *Jetro* á su casa; y despues le casó con una de sus hijas llamada *Séfora*.

Aya. Continúe vm. señora *Melchora*.

Melchora. Andaba un dia *Moyses* guardando los ganados de su suegro *Jetro*, y llegó hasta el monte *Oreb*. Vió entonces una zarza que ardia, y no se quemaba: acercóse á ella admirado de esta maravilla, y oyó una voz que le dijo: quitate los zapatos, porque este lugar está santificado. Á estas palabras se humilló *Moyses* con el rostro hasta la tierra; y continuó la voz: yo soy el Dios de *Abraham*, de *Isaac* y de *Jacob*: he oido los clamores de mi pueblo que está en Egipto, porque los *Israelitas* son pueblo mio; y por lo mismo te man-

do que vuelvas á ellos para libertarlos, y tú les dirás que vas de mi parte. Señor, dijo *Moyses*, yo ignoro vuestro nombre: ¿cómo pues podré decírselo? *Yo soy el que soy*, respondió la voz: vé, y preséntate á *Faraon*, y pídele permiso para conducir mi pueblo al desierto para que me ofrezca sacrificios por tiempo de tres dias: replicó *Moyses*, y dijo: Señor, *Faraon* no querrá creerme, y me mandará matar. Yo estaré contigo, añadió la voz, y te daré poder para hacer milagros. Arroja en la tierra la vara que tienes en tu mano. Obedeció *Moyses*, y se convirtió al punto la vara en una serpiente. *Moyses* huia de miedo, pero la voz le dijo: coge esa serpiente por la cola, y al instante volverá á ser vara. Aunque sucedió esto del mismo modo que la voz lo habia predicho, no se aseguraba *Moyses*. Mandóle la voz que metiese la mano en su seno, y se le cu-

brió de lepra; y habiendo vuelto á meter en el seno la misma mano leprosa, la sacó sana. Conoció *Moyses* por estos prodigios que era Dios el que le hablaba; pero con todo no se determinaba á presentarse á *Faraon*, y dijo: bien sabeis vos, Señor, la torpeza de mi lengua, y que toda mi vida he tenido suma dificultad en pronunciar, la cual se ha aumentado desde que estoy hablando con vos. La voz respondió: ¿quién ha hecho la lengua del mudo y del que habla? ¿No soy yo? Vé pues, que yo estaré en tu boca, y enviaré despues á tu hermano *Aaron*, que habla con facilidad: éste saldrá á recibirte, y te servirá de intérprete. Dejó pues *Moyses* el monte para volver á Egipto; y *Aaron* salió á recibirle al camino, cómo Dios se lo habia prometido.

Estefanía. ¡Ó Dios mio! y cuán buena es esta historia de la sagrada Escritura: yo me estaria oyéndola dias enteros.

Melchora. Señora Aya, quisiera que me esplicase vm. qué quiere decir: *Yo soy el que soy.*

Aya. Quiere decir: "Yo soy Dios por mí mismo, y sin ayuda de nadie: siempre he sido, y siempre seré. Todo lo que hay sobre la tierra es nada en mi comparacion. Los Emperadores, los Reyes, los conquistadores, los nobles y los ricos nada son delante de mí. Todo esto subsiste solo por mi voluntad, y todo el mundo es menos en mi presencia que un grano de mostaza. Yo soy solo, y soy todo lo que hay de bueno, de grande, de sabio, de poderoso, de amable, y de justo."

Estefanía. Pero señora Aya, aunque vm. dice que no hay otro que sea sino Dios, me parece sin embargo que soy yo tambien alguna cosa. La tierra, el sol y los hombres son alguna cosa tambien: ¿cómo pues se puede decir que no hay sino Dios que sea?

Aya. Con permiso de vm. querida mia. Verdad es que vm. es alguna cosa, y que tiene sér; pero este sér que tiene se le ha prestado Dios: á él es á quien pertenece, y quien puede quitársele á vm. en un momento. Si yo prestase á vm. mi bata, no podria vm. decir que mi bata era suya: ahora pues; nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu, nuestros parientes, nuestras riquezas, y en una palabra, todo lo que tenemos es de Dios: él es el que nos lo ha prestado, y no hay otro sino Dios que jamas haya dado ni prestado cosa alguna, porque nadie era antes que él: de él viene todo cuanto existe, y él es dueño de todo cuanto tiene, y de todo lo que da; que es decir, de todo cuanto existe. Veis pues, niñas mias, ¿cuán digno es de reconocimiento y de amor? Nosotras amamos á los que nos hacen bien: pues ahora; Dios nos ha dado cuan-

to tenemos; él es nuestro Padre, nuestro Dueño, nuestro Bienhechor, y nos ama como á hijos suyos: ¿no seriamos unos ingratos y perversos si rehusasemos amarle y obedecerle ciegamente?

Serafina. Por lo que á mí hace, Aya mia, confieso que no puedo dejar de temblar de respeto cuando leo las historias que estas señoras acaban de referir.

Aya. Hace vm. muy bien, hija mia: nosotras somos tan pequeñas delante de Dios, que no podemos estar bastantemente penetradas de respeto en su presencia. Dios está en todas partes, pero lo está de un modo particular en los templos y lugares de oracion. Por tanto es gran pecado faltarle al respeto en estos lugares santos, hablar, reir y volver la cabeza. Es asimismo pecado orar sin atencion. ¿Qué dirian vms. si viesen que una pobre muger pedia permiso para ha-

blar al Rey, y que estando en su presencia para pedirle una gracia, le volvia la espalda, y se echaba á reir, ó se ponia á hablar con sus criados?

María. Yo diria que era una loca; y yo soy tambien loca algunas veces, porque mientras estoy de rodillas hablando con Dios vuelvo la cabeza sin atender ni pensar en lo que digo; pero procuraré enmendarme, y antes de ponerme á orar, consideraré que voy á hablar con Dios.

Aya. Si hiciereis eso, yo os aseguro que ni aun os pasará por la imaginacion el deseo de volver la cabeza. La costumbre de pensar con frecuencia, que estamos en la presencia de Dios es escelente, porque solo somos malos cuando nos olvidamos de esto. Si antes de mentir, de encolerizarse, y de entregarse á la glotonería se pensase asi, diciendo: yo voy á cometer estos delitos á presencia de

Dios: su Magestad me está viendo; él aborrece á los perversos, y puede castigarlos, y tal vez me castigará á mí en el momento que los cometa: si, como digo, se pensase de este modo, nadie se atreveria á cometer estas culpas. A Dios, señoras mias: yo:::

María. Señora Aya, antes que nos separemos quisiera que me esplicase vm. una cosa que no entiendo. Se nos ha dicho que el padre de *Moyses* era de la tribu de *Leví*: ¿Qué cosa es tribu?

Aya. Tribu quiere decir familia. Vosotras sabeis bien, niñas mias, que *Jacob* tuvo doce hijos. De estos doce hijos se formaron doce familias, que se llamaron tribus; y son estas: *Ruben*, *Simeon*, *Leví*, *Judá*, *Isacar*, *Zabulon*, *Dan*, *Gad*, *Aser*, *Nephtalí*, *Josef* y *Benjamín*. Estas son las doce tribus de *Israel*, que es como decir las doce familias que dimanaron de *Jacob*; pero como és-

te adoptó dos de los hijos de *Josef* llamados *Manasés* y *Ephrain*, estos hicieron dos medias tribus ó familias, que representaron la tribu de *Josef*. Esto es lo que vm. deseaba saber, señora *María*; pero cuando me interrumpió vm., iba á decir á vms. que nosotras iremos á comer al campo pasado mañana, y si vinieren vms. temprano iremos juntas á pedir el permiso á sus señoras madres: esto supuesto, mañana me dirán vms. si las habemos de esperar ó no.

DIÁLOGO XIII.

Jornada once celebrada en un dia de campo.

Aya. Durante el camino, señoras mias, voy á contar á vms. un bonito cuento que he leido en cierta parte.

Cuento de los tres Deseos.

Hubo una vez un hombre pobre que estaba casado con una muger muy bonita. Estaban ambos sentados á la lumbre una noche de invierno, y entretenian el tiempo ponderando la felicidad de algunos vecinos suyos que eran mas ricos que ellos. ¡Ó si solo pendiese de mi voluntad tener cuanto desease! dijo la muger, seria yo mucho mas rica que todas esas gentes: y yo lo propio, añadió el marido. Quisiera que estuviésemos en el tiempo de las encantadoras, y encontrar una que me otorgára todo cuanto la pidiera. En el punto que concluyó estas palabras vieron dentro de su cuarto una hermosísima dama que les dijo: yo soy encantadora, y prometo concederos las tres primeras cosas que deseeis; pero luego que hayais deseado es-

tas tres cosas nada mas os he de otorgar. Desapareció con esto la encantadora, y marido y muger quedaron sumamente perplejos. Por mi parte, dijo ella, pues soy la dueña, sé bien lo que he de pedir: al presente nada deseo; pero me parece que lo que hay mas apreciable es ser hermosa, rica y noble. La que tuviere esas tres cosas, añadió el marido, puede sin embargo estar enferma, tener pesares, y morir moza: mejor es desear una larga vida, alegría y salud. ¿De qué sirve una larga vida siendo pobre? replicó la muger: eso solo servirá para ser desdichados mas largo tiempo. A la verdad que la encantadora debió haber prometido concedernos una docena de dones, pues por lo menos tengo necesidad de otras tantas cosas. Asi es, dijo el marido; pero tomémonos tiempo, examinemos de aqui á mañana las tres cosas de que mas nece-

sitamos, y despues se las pediremos. Yo quiero pensarlo en toda la noche, continuó la muger, y ahora tratemos de calentarnos, que hace frio. Dicho esto tomó las tenazas y compuso la lumbre, y como vió que habia muchos carbones bien encendidos, dijo inadvertidamente: ved aqui una buena lumbre: yo quisiera tener una vara de morcilla para que cenásemos, y facilmente podriamos asarla. No bien hubo dicho esto cuando cayó una vara de morcilla por la chimenea. Mala peste caiga sobre la glotona con su morcilla, dijo el marido: bello *deseo* por cierto. Ya solo nos restan otros dos; y yo estoy tan irritado, que quisiera que ella tuviese pegada esta morcilla en la punta de su naríz. Conoció al punto que él era aun mas necio que su muger; porque en virtud de este segundo *deseo* se pegó la morcilla á la punta de la naríz de la pobre muger, de tal modo, que por mas que

trabajó no fue posible arrancarla. ¡Ah desdichada de mi! esclamó: tú eres un perverso en haber deseado que esta morcilla se haya puesto á la punta de mi naríz. Yo te juro, querida muger mia, replicó el marido, que no supe lo que me dije, pero ya no tiene remedio: voy á desear muchas riquezas, y con ellas te mandaré hacer un estuche de oro para ocultar esa morcilla. Guardaos bien de eso, interrumpió ella, antes me quitaré yo la vida que reducirme á vivir con esta morcilla en la naríz. Creedme á mí, y pues aún nos resta otro *deseo*, dejadle á mi cuidado, ó de lo contrario me arrojaré por esta ventana. Dichas estas palabras corrió á ponerlo en ejecucion; pero el marido, que la queria bien, la dió voces diciendo: detente, esposa mia, yo te permito que desees lo que fuese tu voluntad. Ahora bien: deseo, dijo ella, que esta morcilla caiga en tier-

ra. Cayó con efecto, y la muger, que era discreta, dijo á su marido: la encantadora se ha burlado con razon de nosotros: tal vez hubiéramos sido infelices siendo ricos, mas de lo que somos ahora siendo pobres; creedme, amigo mio: tomemos pues las cosas como Dios gusta enviárnoslas, y en tanto cenemos nuestra morcilla, que es lo que únicamente nos ha quedado de nuestros *deseos.* El marido conoció que su muger tenia razon, y cenaron ambos alegrèmente, sin volver á pensar en aquellas cosas que habian tenido intencion de desear.

Serafina. Esta muger deseaba una docena de dones, y sin embargo podia haber sido desdichada. Por ejemplo: si hubiera deseado una buena comida; necesitaba tener buenas ganas, y moderacion para no comer tanto que la hiciese daño; y ved ahí tres deseos para una sola comida.

María. Si yo tuviese libertad para desear algo, apeteceria al punto ser la mas sábia del mundo.

Aya. Pero eso solo no seria bastante: necesitaba vm. ademas desear hacer un buen uso de su sabiduría, porque sin esto podria servir para hacerla mas necia, mas perversa y mas orgullosa.

Carlota. Yo quisiera ser la mejor de todas las niñas, porque temo que he de ser mas mala aún de lo que soy.

Aya. Ese deseo es perfectamente bueno, y nada tiene de reprensible, pero ademas de esto hay en él una ventaja que vm. no conoce. Yo supongo que quisiera vm. ser hermosa, rica, ó tener cualquiera otra felicidad; pero por mas que lo deseára toda su vida, no por éso seria vm. jamas ni mas bella ni mas rica. Con semejantes deseos nada adelantamos; mas al punto que verdade-

ramente deseamos ser buenas y virtuosas, comenzamos á serlo efectivamente. Reparad, niñas mias, en estas palabras: *cuando se desea verdaderamente*, que es decir, cuando se hacen las diligencias para serlo, y cuando se pone á este fin todo el cuidado necesario; porque aun entre los mas perversos ninguno hay que no desee ser virtuoso, con tal que no le cueste trabajo alguno; pero si desea verdaderamente ser bueno, debe poner de su parte los medios oportuños para ello. Dígame vm., señora *Carlota*, ¿no es asi que desea vm. ser buena de repente para no tener la pena de corregir sus defectos?

Carlota. Sin duda alguna, señora Aya: parece que adivina vm. La dificultad que á mi parecer tendré en ser dócil es la que me desmaya: es verdad que pongo á este intento mucho cuidado, pero sin embargo caigo en mil faltas á cada paso, y te-

mo que no he de enmendarme jamas.

Aya. La pereza, amiga mia, es quien produce en vm. ese temor, tenga vm. por cierto que el que repara sus defectos se corrige siempre. Si vm. emprendiese un viage para ir á *Kesingtón*, y se cayese á cada instante, tardaria sin duda largo tiempo en andar el camino; pero al fin llegaria vm. allá, con tal que tuviese el cuidado de levantarse; pero si por el contrario dijese vm.: yo caigo frecuentemente, levantarme me cuesta mucho trabajo, y asi no quiero levantarme; en este caso es constante que jamas llegaria vm. allá. Lo mismo nos sucede en el viage que hacemos para adquirir la virtud: nosotras llegariamos á poseerla algun dia, si por pereza no nos arrellanáramos en el suelo.

Carlota. Yo creia que no era perezosa, señora, porque gusto de trabajar y aprender de memoria, y sé

una grande leccion de *geografia.*

Aya. Aun la que guste de trabajar y aprender puede ser perezosa, pero de una pereza de espíritu, que es dañosísima, porque quita el ánimo. Veamos pues esa leccion de *geografia* que ha aprendido vm.

Carlota. He aprendido todas las *Montañas* de la *Europa*, los principales *Rios*, *Penínsulas* é *Isthmos.*

Aya. Infórmenos vm. ahora de las *Montañas* y de las *Penínsulas*, pues de los *Rios* nos informarémos cuando hablemos de los paises por donde corren.

Carlota. En la *Gran Bretaña*, entre *Inglaterra* y *Escocia*, se encuentra el monte *Cheviot.* Las montañas *Drofines* estan entre la *Noruega* y *Suecia.* Los montes *Pirineos* entre *Francia* y *España.* Los *Alpes* entre *Francia*, *Saboya* é *Italia.* El *Apenino* atraviesa la *Italia*; y en la *Hungría* se encuentra el monte *Caprach.*

Hay en *Europa* dos *Península*s que tienen *Isthmos*; la una es la *Moréa* al *sud* de la *Europa*, en la *Turquía européa*, y se junta á la tierra firme por el *Isthmo* de *Corinto*. La otra es la *Criméa* al *nord* del mar *Negro*, y se junta á la tierra firme por el *Isthmo* de *Precop*. Dícese que la *Jutlandia*, que es del Rey de *Dinamarca*, es tambien *Península*.

Aya. Ánimo, querida mia, que habeis de ser en breve una hábil geográfica. Veamos ahora si estas señoras saben sus historias. Comience vm., señora *María*.

Historia de Moyses y plagas de Egipto.

María. *Moyses* y *Aaron* se presentaron á *Faraon*, y le dijeron: el Dios Eterno te manda que dejes ir á su pueblo al desierto para que le ofrezca un sacrificio. *Faraon* respondió:

yo no conozco al Dios Eterno. Este perverso Rey envió á llamar á los superintendentes de las obras que hacian los *Israelitas*, y les dijo: aumentad el trabajo de ese pueblo, pues la cortedad de su fatiga les da tiempo para pensar en ir al desierto. Cargóse pues á los *Israelitas* con mas trabajo del que podian hacer, y los castigaban cuando no habian acabado su tarea. Viéndose los *Israelitas* mas infelices que antes, dijeron á *Moyses*: vos sois la causa de nuestra desdicha: ¿por qué habeis dicho á *Faraon* que nos deje ir al desierto? *Moyses* dijo entonces á Dios: Vos, Señor, veis que mis hermanos estan irritados contra mí. El Señor le respondió: Yo soy el Dios de *Abraham*, de *Isaac* y de *Jacob*: Yo daré á los *Israelitas* la tierra de *Canaan*, que es el mejor país del mundo: volved á *Faraon*; y *Aaron* hará prodigios en su presencia. *Moyses* y *Aaron* fueron

entonces á buscar á *Faraon*: y habiendo *Aaron* arrojado su vara en tierra, se convirtió en un dragon. Los mágicos del Rey convirtieron tambien sus varas en dragones; pero el de *Aaron* comió á los de los mágicos. Despues tocó *Aaron* con su vara las aguas del *Nilo*, y éstas se convirtieron en sangre, quedando tan fétidas que se murieron todos los peces; pero como los mágicos volviesen tambien el agua en sangre, no quiso *Faraon* dejar ir á los *Israelitas*.

Aya. Continúe vm., señora *Melchora*.

Melchora. Mandó despues Dios á *Aaron* estender su vara, y vino sobre *Egipto* una gran cantidad de ranas, las cuales entraban en las casas, en las camas, en los hornos, y hasta en la sala del Rey. *Faraon* dijo entonces á *Moyses*: ruega á tu Dios que haga morir á estas ranas,

y dejaré ir á los *Israelitas*. Rogó *Moyses* al Señor, y murieron las ranas; pero *Faraon* no quiso cumplir su promesa, y Dios envió sucesivamente á *Egipto* una infinita multitud de piojos: despues de estos animalillos envió un grueso granizo que mataba hombres y brutos. Envió tambien úlceras sobre todos los hombres, y á medio dia no se veia claridad alguna, porque la tierra estaba cubierta de una espantosa niebla; pero estas cosas no se esperimentaban en el país de los *Israelitas*; y sin embargo *Faraon* no quiso darles libertad. Entonces dió Dios á *Moyses* esta órden: cada familia de los *Israelitas* tomará un cordero ó un cabrito, y le matarán el dia catorce de este mes, frotando con la sangre de él todas sus puertas: este cordero ó cabrito debe ser asado, y comido con pan sin levadura y lechugas amargas: es nece-

sario que le coman todo, y si les sobrase algo conviene que lo quemen. Esta cena la comereis de pie derecho, de priesa y en trage de caminantes, porque os voy á sacar de Egipto: y todos los años celebraréis esta libertad por tiempo de siete dias, comiendo pan sin levadura.

Aya. Siga vm., señora *Carlota.*

Carlota. Habiendo entendido los *Israelitas* por boca de *Moyses* y *Aaron* la voluntad del Señor, hicieron cuanto les ordenó. Á la media noche envió Dios su Ángel esterminador, el cual mató todos los primogénitos de los *Egipcios* desde el hijo del Rey hasta el del esclavo, sin que muriese alguno en las casas cuyas puertas estaban rociadas con la sangre del cordero ó del cabrito. En esta ocasion *Faraon* y el pueblo hicieron grandes llantos, y dijeron á los *Israelitas*: idos cuanto antes, y rogad á Dios por nosotros. Los *Israe-*

litas habian pedido de órden del Señor prestados á sus vecinos los vasos de oro y plata, y se los llevaron consigo; y andaban tan apresurados, que llevaron la masa para hacer pan antes que tuviese levadura. Cuando salieron de Egipto los *Israelitas* eran seiscientos mil hombres, sin contar las mugeres ni los niños. Mandóles Dios que jamas dejasen de comer este cordero todos los años; pero les prohibió quebrar ni uno de sus huesos, ni dar de él á ninguno que no fuese circunciso.

María. Señora Aya, ¿los hijos de *Israel* volvieron á los *Egipcios* los vasos de oro y plata que les habian prestado?

Aya. No, querida mia.

María. ¿Luego fueron ladrones?

Aya. Debe vm. tener presente que los Reyes de Egipto habian hecho trabajar como esclavos á los *Israelitas*, sin haberles pagado su trabajo:

ellos habian construido muchas ciudades en el país de los *Egipcios*, y Dios, que es justo, quiso que los *Egipcios* les pagasen á pesar suyo: por eso á aquellos les mandó que pidiesen prestados aquellos vasos, sin advertirles que jamas tendrian oportunidad de volverlos: y aunque es presumible que ellos ignoraban si volverian ó no, es constante, que aunque hubieran sabido que no habian de volver, no hubieran pecado; porque Dios, que es dueño de todo, les habia dado estos vasos. Si Dios no se los hubiera dado para pagarles con ellos su trabajo, hubieran pecado en tomarlos por sí, porque no es lícito tomar cosa alguna á otra persona aun cuando nos debiese dineros.

Estefanía. Suplico á vm., señora Aya, me diga qué cosa es la *circuncision.*

Aya. Era una ceremonia que Dios habia establecido para los hijos de los

Israelitas, y como una señal que los distinguia de las otras Naciones; y cuando algun extrangero queria hacerse *Israelita* ó *Judío*, que es lo propio, practicaba esta ceremonia.

Carlota. ¿Y qué era una ceremonia?

Aya. Tenian diversas, niñas mias: por ejemplo, les era preciso comer el Cordero Pascual de pie derecho en trage de caminantes, con lechugas amargas, y un baston en la mano. Este baston, estas lechugas, y estos trages eran ceremonias.

Serafina. Aya mia, yo me acuerdo haber leido en la sagrada Escritura, que Dios mandó á los *Judíos* le ofreciesen sus primogénitos.

Aya. Iba á decirlo, querida. No solamente se los ofrecian, sino que se los daban al Señor. Los padres, ademas de esto, tenian precision de rescatarlos, y daban en cambio de sus hijos un cordero, ó dos tórtolas.

Estefanía. Señora Aya, yo soy primogénita, y si hubiera nacido en aquel tiempo me habrian sin duda ofrecido al Señor.

Aya. Vm. misma debe ofrecerse como primicias de la familia. Vamos, niñas, á comer, y despues irémos á pasear al jardín.

DIÁLOGO XIV.

Jornada doce.

Carlota. Señora Aya, en toda la noche he podido dormir: me han dado una bonita estampa, y me han dicho, que cuando me la esplique vm. me contará una preciosa fábula, y ya me estoy deshaciendo por saberla.

Aya. Señora *Serafina*, acérquese vm., y venga á esplicar esta estampa.

Carlota. Pero señora, si vm. oculta los nombres, ¿cómo quiere vm. que la señora los adivine?

Aya. No necesita leer los nombres para conocer los personages que estan en la estampa. Cuando se sabe bien la Historia y la Fábula se adivinan todas las pinturas, las tapicerías y las estampas: ahora lo vereis.

Serafina. Este viejo y esta buena muger, cuyos vestidos estan tan usados, son marido y muger, y se llamaron *Filemon* y *Baucis.* Este hombre grande, que tiene un ganso entre sus piernas, es *Júpiter*, á quien los paganos llamaban *Dios del Cielo*; y este otro que se halla á su lado es su hijo *Mercurio*, que era embajador de los Dioses, y protector de los mercaderes y de los ladrones.

Carlota. Pero, querida mia, ¿de qué modo ha podido vm. adivinar eso?

Serafina. En esos dos viejos pu-

diera haber dudado, aunque creo que siempre hubiera caido en quién eran; pero este ganso que está refugiado entre las piernas de *Júpiter* hubiera sido capáz de hacerme conocer la estampa. Si mi Aya me lo permite contaré esta fábula, y verán vms. despues que no es dificil de adivinar.

Aya. Con sumo gusto, querida mia.

Fábula de Júpiter *y* Mercurio.

Serafina. Júpiter y *Mercurio* tomaron un dia figura humana, y habiendo echado á caminar, llegaron una noche á un gran pueblo donde pidieron acogida por caridad; pero nadie quiso recogerlos. Despues de haber llamado inútilmente á todas las puertas fueron á una pequeña cabaña cubierta con paja y ramas de árboles, cuyo dueño era un pobre an-

ciano, que vivia pacíficamente con *Baucis* su muger. Los Dioses suplicaron que les permitiesen pasar la noche en su cabaña, y estos buenos viejos se lo concedieron con toda voluntad. *Filemon* dijo á *Baucis* que calentase agua para lavar los pies á estos extrangeros; y la buena muger deseando encender con brevedad la lumbre, hizo pedazos algunas ramas de las que cubrian su pequeña casa, y por no tener fuélles sopló el fuego con su boca. Luego que el agua estuvo caliente cogió *Filemon* un arteson de madera, que estaba colgado en la pared con una clavija, y mientras él se ocupaba en lavar los pies de los huéspedes, lavó *Baucis* la mesa, y la frotó despues con yerba buena para darla buen olor, y sucesivamente, porque no sentaba bien, metió un pedazo de teja debajo de uno de los pies de la mesa. No habia sillas en esta pobre casa, y era

preciso sentarse sobre un banco; y para que el asiento no estuviese tan duro puso encima de él un pedazo de tapíz viejo con que cubria su cama los dias mas solemnes. Trajo del huerto unas ciruelas en una hoja de parra, un poco de miel en un plato quebrado por el medio; y un pedazo de queso. Sentáronse todos á la mesa; y *Filemon* pidió á los extrangeros perdon por la cortedad del agasajo. Acordóse improvisamente que tenia un ganso, y queriendo matarlo para dar mejor cena á sus huéspedes, se levantaron él y su muger para ir á cogerlo; pero este animal se les escapaba ya ácia una parte, ya ácia otra, y las buenas gentes cansados de correr sudaban á mas sudar. Por último el ganso se refugió entre las piernas de *Júpiter*, y entonces dijo este Dios á *Filemon*: yo estoy agradecido de vuestra caridad, seguidme á lo alto de esta montaña,

y de repente se les mostró rodeado de luz, y lo propio *Mercurio.* Luego que estuvieron sobre la montaña les dijo *Júpiter*: mirad ácia vuestra espalda. Obedecieron, y notaron que ya el pueblo no se veia, sino en lugar de él una gran porcion de agua; porque *Júpiter* en castigo de la dureza de sus habitantes habia convertido en un lago aquel pueblo, y á todos ellos los habia anegado: pero en medio de este lago se dejaba ver la pequeña casa de los buenos viejos exenta de la inundacion. Como ellos eran piadosos se afligieron por la desgracia de sus vecinos, no obstante que estas gentes los habian tratado mal. Díjoles *Júpiter*: pedidme una gracia en recompensa; y yo os la concederé. Consultaron ellos un corto rato entre sí, y despues dijo *Filemon á Júpiter*: pues teneis la bondad de querernos recompensar, transportad sobre esta montaña nuestra

pequeña casa, y convertidla en un templo en que seais adorado: que yo sea vuestro sacerdote, y *Baucis* vuestra sacerdotisa, y haced que nuestra muerte sea á un mismo tiempo, para que yo no esperimente el dolor de llorar á mi querida *Baucis*, y ella no derrame lágrimas por su fiel *Filemon*. Condescendió *Júpiter* á una pretension tan justa: la casa fue convertida en un templo, y las buenas gentes vivieron en paz muchos años. Un dia que estaban sentados delante de la puerta de este templo ponderando los favores de que eran deudores á los Dioses, *Filemon* quiso levantarse, pero vió que sus piernas estaban transformadas en un tronco. Quiso *Baucis* acudir á socorrerle, y halló que ocurria en ella la misma transformacion. Despidióse pues de su querido *Filemon*, y le habló en tanto que conservó el uso de la voz; pero subiendo poco á poco la corte-

za, los envolvió enteramente, y quedaron convertidos en dos hermosos árboles, que despues permanecieron siempre á la puerta del templo.

Vms., señoras mias, comprenden muy bien, que habiendo leido esta fábula, no es ya dificil esplicar la estampa.

Estefanía. Conozco asimismo que la señora *Serafina* no se ensoberbece por lo que sabe. Si yo hubiera dicho otro tanto hubiera quedado llena de satisfaccion.

Aya. Eso pudiera haber sucedido á vm. dos años há, pero ahora estoy cierta de su enmienda. La señora *Serafina* tiene justa razon para no estar gozosa por haber esplicado esta fábula, pues esto solo prueba que tiene una memoria felíz; mas esta memoria no es ella quien la ha adquirido, sino que es un regalo de Dios.

Estefanía. Yo sé bien que su memoria es don de Dios; pero su apli-

cacion para aprovecharse de ella es digna de alabanza.

Serafina abrazando á Estefanía.

Vm. es demasiado buena en pensar tan favorablemente de mí.

Aya. Yo estoy gustosísima de ver á la señora *Estefanía* tan trocada. En otro tiempo, querida mia, hubiera vm. recibido pesar, y tenido celos de la memoria de su compañera, y al presente veo que produce en vm. satisfaccion y complacencia. En el mismo hecho de haber vm. corregido su vanidad ha desterrado la envidia, y todos los pesares que ella le causaba. Se ha hecho vm. amable á sus compañeras, las cuales estan gustosísimas con su vista, porque lejos de darlas motivos de sentimiento, se emplea vm. en decirlas cosas de gusto. ¿Es verdad, querida mia, que el corazon de vm. está ahora mas gozo-

so que lo estaba anteriormente?

Estefanía. Sí señora, sin embargo que hago aún bastantes desaciertos: por ejemplo: todavia no he perdonado á Milord.... que dijo que yo era una peste.

Aya. ¡Cómo asi, niña mia! Ese es el hombre á quien en el mundo debe vm. mayores obligaciones: hágase vm. justicia. Milord tenia razon, y esto no se lo dijo á vm. por aversion: al contrario, él estima á vm. y tiene largas noticias de su enmienda: tres dias há que dijo, que si continuaba vm. como ha comenzado seria la muger mas amable de *Lóndres.*

Estefanía. Señora Aya, ¿es malo estar contenta de lo que Milord dijo?

Aya. No, querida mia: debemos procurar agradar á todo el mundo, con tal que esto sea por nuestras virtudes, y no hay cosa mas mala que decir: á mí nada se me da que me desprecien.

Carlota. Esa necedad la he dicho yo bastantes veces: pero lo cierto es, señora Aya, que no lo sentia de ese modo, y solo lo decia por despecho y rabia, y por dar pesar á mi directora y á mis hermanas.

Aya. Raro modo de venganza habia elegido vm.: eso es lo propio que si pegase vm. fuego á una hermosa casa suya para quemar la caballeriza inmediata del vecino; pero ya está vm. corregida, y asi no hablemos mas de esto. Repitamos ahora nuestras historias.

María. Antes, señora Aya, suplico á vm. se sirva esplicarme dos palabras que no he entendido. ¿Qué quiere decir un huésped, y qué significa un lago?

Aya. Esta palabra huésped tiene dos significaciones: á veces quiere decir una persona que da en su casa posada y comida, y entonces el dueño de la posada se llama huésped.

Otras veces significa aquellas personas que vienen á comer y dormir á nuestras casas; y por eso en la fábula de *Filemon* y *Baucis* se llaman huéspedes *Júpiter* y *Mercurio*. La señora *Serafina* esplicará ahora qué cosa sea un lago, diciendo al mismo tiempo la diferencia que hay entre los mares, los rios, las riberas y los lagos.

Serafina. Un mar es una grande porcion de aguas que no salen de su recinto, y que por lo mismo no corren como los rios.

María. ¿Luego los rios corren?

Aya. Sí, querida mia: corren ó caminan continuamente. Poneos si no sobre el puente de *Wesminster*, y vereis que el agua no está parada, sino que va siempre ácia el lado del puente de *Lóndres*.

Melchora. Suplico á vm. me diga, ¿de dónde vienen los rios?

Aya. Salen ordinariamente de las

montañas, y corren sin cesar hasta que encuentran otro rio en que se pierden; pero cuando por no encontrar otro en su camino llegan hasta la mar, entonces se les nombran rios caudalosos, y conservan por lo comun su nombre hasta la mar.

Carlota. Yo no comprendo lo que vm. dice, señora Aya.

Aya. En viendo un mapa lo comprenderá vm. Aqui ve vm. este gran rio llamado *Rhone*; pues vea vm. allí otros muchos rios que vienen á perderse en él; y hé allá sobre todo dos grandes llamados el *Saona* y el *Isere*. Desde que estos rios llegan á unirse con el *Rhone* ya no son ni el *Saona* ni el *Isere*, sino únicamente el *Rhone*, el cual corre despues largo trecho, y por fin entra en el mar.

Cuando el *Rhone* llega á la mar conserva aún su nombre, y por esto es por lo que se llama rio caudaloso,

porque como digo, conserva su nombre hasta la mar. He dicho que esto sucede ordinariamente, pero no siempre; porque el *Rhin*, que corre al *ouest* de la *Alemania*, no llega hasta la mar, y se pierde antes en la arena. Ved las pág. 57 y 58 tom. 1.º de la nueva *Introduccion á la Geografia moderna*, y se encontrarán en ella los principales rios de la *Europa*. Señora *Serafina*, diga vm. qué cosa es un lago, y cuántos lagos grandes hay en *Europa*.

Serafina. Un lago es como un pequeño mar, porque sus aguas no corren. En la *Moscovia* hay dos: el lago *Onega* y el *Lodoga*. Uno al *nordest* de la *Suiza*, que llaman el lago de *Constancia*; y otro cerca de *Ginebra*, de quien toma el nombre: el rio *Rhone* pasa por el medio de este último lago, y desagua en el *Mediterráneo*.

Aya. Esto hará hoy nuestra leccion de *Geografia*. Señora *María*, díganos vm. ahora su historia.

Entrada de los Israelitas en el desierto.

Maria. Cuando *Moyses* y los *Israelitas* entraron en el desierto, ordenó el Señor á su Ángel que los condujese. Por el dia caminaba delante de ellos una nube, y por la noche una columna de fuego que los alumbraba. Entre tanto pesaroso *Faraon* por haber dejado ir á este pueblo, que trabajaba en su provecho, juntó un ejército grande, y salió en su seguimiento. Asustados los *Israelitas* con la vista de los *Egipcios*, dijeron á *Moyses*: ¿por qué nos has conducido á este desierto á perecer todos de una vez? ¿no fuera mejor habernos dejado en Egipto? ¿Te pareció que faltarian sepulcros donde enterrarnos despues de nuestra muerte? Animólos *Moyses* á que pusiesen su confianza en Dios, y rogó al Señor que tuviese pie-

dad de su pueblo. Entonces el Ángel del Señor, que estaba delante de los *Israelitas*, se puso á sus espaldas, metiéndose entre ellos y los *Egipcios*: ácia el lado de aquellos habia claridad, porque los alumbraba la columna de fuego; pero al lado de estos habia una nube que les impedia ver á los *Israelitas*, porque esta nube era como una espesa niebla. *Moyses* por órden del Señor levantó su vara sobre el *mar Rojo*, y al punto el mar se abrió en dos mitades, quedándose el agua suspensa de ambos lados, como dos muros, de modo que podian pasar sin mojarse por el medio. Los *Israelitas* lo pasaron en todo el resto de la noche; y los *Egipcios* creyeron que podrian pasarlo del mismo modo; pero cuando ya todos estuvieron dentro del mar con *Faraon* su Rey, volvieron á juntarse las aguas que estaban detenidas, y anegaron á todos los *Egipcios*;

sin que ni aun uno solo se salvase. Entonces *Moyses*, *Aaron* y su hermana *Maria* cantaron con el pueblo un cántico de alabanzas al Señor porque les habia librado de las manos de sus enemigos.

Aya. Siga vm.; señora *Carlota.*

Carlota. Los *Israelitas* llegaron á un lugar donde las aguas eran tan amargas, que no podian beber de ellas, y comenzaron á murmurar contra *Moyses*; pero este santo caudillo, lejos de impacientarse por su ingratitud, suplicó al Señor. Y mandóle Dios que echase en aquellas aguas cierta madera, é improvisamente se volvieron dulces. Sucesivamente entraron los *Israelitas* en un grande desierto, donde no hallando cosa alguna que comer, volvieron á murmurar, diciendo: ¿por qué nos has sacado de Egipto, donde nos sentábamos cerca de nuestras ollas llenas de viandas? ¿Nos has conducido á este de-

sierto para que en él perezcamos de hambre? Clamó *Moyses* á Dios, y el Señor hizo caer un gran rocío sobre la tierra, y sobre este rocío unos pequeños granos semejantes al granizo, y hablando *Moyses* con el pueblo, dijo: ved ahí el pan que Dios os envia: cada persona recoja de él una medida; pero no guardaréis nada de un dia para otro. El pueblo, que no habia visto jamas cosa igual á estos pequeños granos, los llamó *Maná*, los cuales tenian el gusto á buñuelos cocidos con miel, y cada uno se dió prisa á recogerlos; pero algunos, que desobedeciendo á *Moyses* guardaron de ellos para el dia siguiente, quedaron sorprendidos al ir á comerlos por la mañana; porque habiéndose corrompido, estaban todos llenos de gusanos. Entonces dijo *Moyses* de parte Dios al pueblo: recogereis cada uno una medida por tiempo de cinco dias consecutivos, pero el

dia sesto debeis recoger dos medidas, una de la cuales se mantendrá fresca y buena para el siguiente dia, porque en el séptimo no caerá. Este séptimo dia será consagrado al Señor, y en él no se trabajará. Las cosas sucedieron como las habia predicho *Moyses*; y el *Maná* que se corrompia de un dia para otro en la duracion de toda la semana, se conservaba bueno el dia del Señor, cuyo séptimo dia fue llamado *Sábado*. Mandó tambien *Moyses* á *Aaron* recogiese una medida de este *Maná*, y le guardase para testimonio del milagro que habia hecho Dios por los *Israelitas*, los cuales lo comieron por tiempo de cuarenta años; pero aquellos que eran perezosos y no gustaban de levantarse temprano no le comian, porque el *Maná* se derretia con el sol, y por esto les era preciso anticiparse antes que saliese para hacer la provision.

Aya. Á vm. le toca, señora *Melchora*.

Melchora. Habiendo pasado á otro sitio los *Israelitas*, les faltó agua; y olvidando todos los milagros que por ellos habia hecho el Señor, dijeron á *Moyses*: ¿por qué nos sacaste de Egipto, y nos has traido aqui á morir de sed con nuestras familias y ganados? *Moyses* les respondió: no murmurais contra mí, sino contra el Señor; mas no obstante voy á rogarle que os provea de agua. Con efecto de órden de Dios tocó con su vara una roca, y salió de ella gran cantidad de agua. Despues hubo un Rey, llamado *Amalec*, que vino con un poderoso ejército contra los *Israelitas*, y *Moyses* ordenó á *Josué* escogiese soldados de entre el pueblo, y fuese á encontrarse con *Amalec*. En tanto que duraba la batalla, *Moyses*, *Aaron* y *Hur* subieron sobre la montaña; y *Moyses* oraba al Señor con las manos levantadas al cielo; pero habiéndosele cansado los

brazos, se vió precisado á bajarlos, y los *Israelitas*, que habian sido vencedores mientras *Moyses* tenia levantadas las manos, fueron vencidos despues que las bajó. Viendo él esto, se estribó sobre una piedra, y *Aaron* y *Hur* le sustentaban cada uno un brazo, con lo cual los *Amalecitas*, vasallos de *Amalec*, se vieron obligados á volver la espalda. Dios declaró una guerra perpetua á los *Amalecitas*, y mandó á *Moyses* escribiese todas estas cosas.

Estefanía. ¿Esas historias son todas verdaderas, señora Aya? Ellas son tan asombrosas, que con dificultad pueden creerse.

Aya. Parece que se ha olvidado vm., querida, de que nada es imposible para Dios.

Estefanía. Ya lo sé, señora, pero bien pudiera *Moyses* haber escrito todas estas cosas no siendo ciertas. Nó digo que sean falsas; pero de-

seo que me esplique vm. de qué modo puede asegurarse que son verdaderas.

Aya. Yo lo haré con mucho gusto, querida mia, porque estoy muy gustosa en ver, que ademas de escuchar como una muger de razon, quiere vm. que se la den pruebas de lo que se refiere, que es el modo de no engañarse. Nosotras creemos que puede Dios obrar prodigios, y queremos saber si obró los que escribió *Moyses.* ¿No es esto lo que vm. me pregunta?

Estefanía. Sí, señora.

Aya. Si *Moyses* hubiera escrito mentiras, los *Israelitas*, que no eran muy contemplativos, le hubieran dado con un *mentís*, y le hubieran dicho: ¿por qué afirmais que hemos pasado el *mar Rojo*, y comido el *Maná* que caia del cielo? ¿Por qué decís que este *Maná* no podia conservarse de un dia para otro durante cinco

dias, y que se conservaba el sesto? ¿Por qué decís que habeis hecho salir agua de una roca? Nosotros somos seiscientos mil hombres, y hubiéramos visto todas estas cosas si hubieran sido ciertas: andad, que sois un engañador y un impostor, y ni aun mereceis que se os escuche.

Si pusiesen en los diarios que habia caido ayer una lluvia de fuego sobre toda la ciudad de *Lóndres*, no era forzoso que dijeseis: el que ha escrito ese papel es un solemne embustero: si eso fuera cierto, nosotras lo hubiéramos visto: ¿no es verdad que en los papeles públicos que aparecerian mañana se burlarian de este hombre?

Melchora. Sin duda alguna, señora Aya.

Aya. Pues ahora. Si este hombre despues de esto os dijese: vos sabeis que yo he sido quien ha hecho caer este fuego: mi poder es gran-

de; y por lo mismo debeis obedecerme: ¿qué le responderiais á esto?

María. Le diria yo: sois un estravagante, y lejos de obedeceros seria mas acertado enviaros á la casa de los locos.

Aya. Ahora pues, querida mia: los *Israelitas* nada de esto respondieron á *Moyses*; ¿y por qué? Porque ellos habian visto los milagros que Dios habia hecho, y de que *Moyses* les hablaba.

Serafina. Señora Aya, permita vm. que tambien haga yo una reflexion: si *Moyses* hubiera escrito una historia forjada á su antojo, de creer es que no hubiera introducido en ella lo que le sucedió cuando vió la cambronēra, que ardia y no se quemaba. *Moyses* en este caso no mostró mucho valor: escusóse repetidas veces, y decia con frecuencia que hablaba con dificultad; esto es, que era tartamudo. Si él no hubiese querido

escribir la verdad, me parece que hubiera dicho: al punto que Dios me habló, le dije animosamente: iré á libertar á mi pueblo sin tener temor á *Faraon*.

Aya. Vuestro reparo es escelente, querida mia: cuando un hombre escribe una historia, y confiesa en ella los desaciertos que ha hecho, se puede juzgar con seguridad que este hombre no miente; porque si fuese un embustero mentiria á su favor, y para decir bien de sí vereis que en lo sucesivo prosigue confesando sus faltas.

Estefanía. No obstante yo he oido decir á un caballero, que *Moyses* era un hombre desreglado, y que jamas habia hecho milagros. Decia tambien, que el *mar Rojo* se retira de tiempo en tiempo sin prodigio, y que *Moyses*, que lo sabia, habia elegido este tiempo para pasarlo.

Aya. Era necesario que fuese muy

hábil para que justamente no durase el pasage de los *Israelitas* mas que hasta el tiempo en que la mar debia volver á su lugar, á fin de que los *Egipcios* fuesen anegados. Era tambien necesario que los *Egipcios* fuesen grandes ignorantes, porque en fin ellos no habitaban lejos del *mar Rojo.* Si éste se retiraba de tiempo en tiempo, debia saberse muy bien en todo Egipto, y se hubieran guardado de entrar en este mar, sabiendo evidentemente que iban á anegarse en él. Si volviese vm. á ver á ese caballero, dígale vm. esto, y pregúntele si sabe algun secreto para que no se derrita la manteca estando al fuego: él dirá que no, y dígale vm., que en el séptimo dia de la semana no derrite el fuego la manteca: se burlará entonces de vm., y replicará, que los dias no son de esencia alguna para eso: que la naturaleza de la manteca es derretirse, y

que por esta causa se derrite. En este caso le responderá vm. Pues ahora bien, señor: la naturaleza *del Maná* era corromperse: los dias no eran para esto esenciales, y respecto de que se conservaba el dia del *Sábado*, preciso es que esto fuese por milagro, como lo seria tambien el que la manteca no se derritiese al fuego al séptimo dia.

Melchora. Por mi parte, señora Aya, estoy creida que los *Israelitas* eran sumamente ingratos en murmurar continuamente contra *Moyses*, que tan grandes favores los habia conseguido del Señor, interceciendo por ellos.

Aya. Es constante, querida mia; pero nosotros no somos menos ingratos que ese pueblo, pues desobedecemos á Dios, sin embargo de los repetidos milagros que cada dia vemos.

Carlota. Esos milagros yo no los he visto jamas.

Aya. Abrid, querida mia, los ojos, y mirad el sol, la luna y las estrellas: mirad la tierra, la mar, y miraos á vos misma: Nosotras estamos rodeadas de milagros, en los cuales no reparamos porque los vemos diariamente. Este sol, que desde el principio del mundo alumbra á los mortales, está colocado precisamente como conviene para nuestro provecho: si estuviera mas alto, no podria calentar la tierra: si mas bajo, la abrasaria á ella y á nosotros: pregunto, ¿no es un milagro que al fin de tan largo tiempo subsista siempre en la misma altura?

Serafina. Yo he oido decir que hay un país en donde está el sol mas inmedato á sus habitantes que de nosotros, y que en él hace un calor insoportable.

Aya. Eso es en *África*, en el medio de la *América*, y al *sud* de la *Asia*; pero este calor no es insopor-

table, supuesto que en esos paises hay gentes que lo resisten: pero sin embargo es un milagro. Dios, que destinó aquellas gentes á vivir en aquellos paises ardientes, los proveyó de cuerpos capaces de sufrir este calor; y por lo mismo los que nacen en los parages donde en *África* y *América* hace tanto calor, se conservan sanos ellos; pero los extrangeros enferman alli. Yo pudiera estar refiriendo á vms. toda mi vida los milagros que Dios hace á cada instante por los hombres, y mis dias serian cortos respecto del infinito número de ellos; mas no quiero, por ser tarde, señalar hoy mas que uno.

Ved sobre el mapa de *África* este país, llamado *Egipto*: en él hace escesivo calor, y sin embargo no llueve allí jamas, ó cuando mucho, rara vez.

Estefanía. ¿Pues cómo pueden vivir esas pobres gentes, cuando si faltase la lluvia, no produciria cosa al-

guna la tierra, ni trigo; ni yerba, ni coles, ni ensalada, ni frutas &c.?

Aya. Asi es, querida mia; pero sin embargo se encuentran todas esas cosas en Egipto. Dios, que no quiso que lloviese en este país, situó en él ese gran rio que mirais, á quien llaman el *Nilo*. Éste sale todos los años de madre, y por muchos meses cubre todas las tierras de Egipto; pero lo mas singular es, que las aguas del *Nilo* llevan en sí un lodo ó limo que las hace mas propias para fructificar. Pues ahora pregunto yo, niñas mias: ¿éste no es un gran milagro? Si el *Támesis* rebosára y cubriera por muchos meses á Inglaterra cada año, se anegaria la tierra respecto que en ella llueve lo suficiente para hacerla fértil, y darla toda el agua que necesita. Solo en Egipto es donde no llueve, porque el *Nilo* es bastante para proveerle de agua.

¡Ó qué cosa tan admirable!

María. Pero señora, cuando las aguas del *Nilo* se esparcen por Egipto ¿anegarán todas las ciudades?

Aya. No, hija mia, porque estan sus pueblos construidos en lugares elevados; y para pasar de unos á otros tienen puentes. Á Dios, señoras; yo me he entretenido con la conversacion, y es ya demasiado tarde.

María. Tenia mil cosas que preguntar á vm., pero será en otra ocasion.

DIÁLOGO XV.

Jornada trece.

María. Señora Aya, hoy tengo muchas cosas que preguntar á vm. si me lo permite.

Aya. Con mucho gusto, querida mia.

María. Querria saber de dónde viene la lluvia.

Aya. De los mares, de los rios, y de todas las aguas que hay sobre la tierra.

María. Qué, ¿se burla vm. de mí, señora Aya? El agua que está en la mar y en los rios ¿cómo puede subir al cielo?

La señora Aya destapando la cafetera.

Asi como el agua que está en esta cafetera ha subido hasta la tapadera: ya ven vms. que llega hasta arriba, siendo asi que solo se le echó agua hasta la mitad. Cuando esta agua empieza á calentarse se advierte que exhala humo: pues ahora, esto que os parece humo es la parte mas delicada del agua, la cual se llama vapor, y es sumamente sutíl. Pues el calor del sol atrae incesantemente las partes mas delicadas del agua: estas suben por el aire en vapores, de que se forman las nubes, y el aire las sostiene cuando son en corta cantidad; pero cuando hay una porcion considerable no puede ya soportarla, y entonces el agua rompe el aire, y cae sobre la tierra.

Estefanía. Señora Aya, yo creia

que el aire no podia sostener cosa alguna, pues el aire es como si no fuera, porque yo he querido mirarle al rededor de mí, y no le he podido ver.

Aya. La falta no está en el aire, querida mia, sino en los ojos de vm., que no son suficientes para verlo. Hay infinitas cosas que nosotras no las vemos, y que sin embargo existen; por ejemplo: ¿vé vm. en esta sala mucho polvo?

Estefanía. No señora, yo no veo polvo alguno, pero es porque no le hay.

Aya. Levántese vm., querida mia: vaya vm. y mire en lo último de la sala el sitio donde da el sol, y verá vm. si hay polvo ó no.

Estefanía. Sí señora, y hay un gran número de cosas pequeñas que se mueven sin cesar.

Aya. Esas cosas pequeñas se llaman átomos, de los cuales está poblado el aire; pero las partes del

aire son mucho mas finas y mas pequeñas, y esta es la razon porque no las vé vm.

Carlota. Yo quisiera ver de qué color es el aire.

Melchora riéndose. Pues qué, ¿el aire, siendo sus partes tan pequeñas, puede tener color?

Aya. Sí, niñas mias: levanten vms. los ojos al cielo, y verán de qué color es.

María. Es azul.

Aya. Pues bien, querida: eso que vm. llama cielo es el aire, que se une y comprime en lo alto: vm. no vé los átomos en las partes donde no da el sol, porque estan distantes los unos de los otros, y son muy pequeños; pero voy á traer una cantidad de ellos: estarán entonces màs espesos y agitados, y los verán vms. *La señora Aya coge una escoba, y barre la sala.*

Estefanía. ¡Ah señora Aya, y qué

polvo! yo no veo la luz, porque él me ciega.

Aya. Sin embargo vé vm. el polvo y los átomos, que es una misma cosa; porque como yo he hecho levantar una gran porcion, se tocan unos con otros todos estos granos de polvo. Tampoco vé vm. el aire que las rodea, porqne sus partes no estan apretadas las unas contra las otras; pero cuando las partes del aire se juntan en lo alto, entonces las verán vms. Voy á echar vino de *Porto* en un vaso para demostrar esto por un ejemplo. Ya ven vms. cuán encendido está: pues ahora tomaré una gota con el dedo, y la echaré sobre mi pañuelo: vean vms. ahora, niñas mias, este vino no está tan encendido en el pañuelo como en el vaso, porque como en éste hay mayor cantidad de partes, estan en él mas apretadas y mas juntas entre sí que en el pañuelo. Esta hebra de

seda, que por sí sola parece menos encarnada que la madeja, es por la misma razon de estar tantas hebras juntas.

Estefanía. Ahora bien; señora Aya: yo supongo que el aire es un cuerpo compuesto de un gran número de partes azules; pero no concedo que ese cuerpo, cuyas partes son tan débiles, pueda sostener al agua, que es mas pesada, y cuyas partes son bastantemente gruesas; pues yo las veo.

Aya. ¿Cómo asi, señora *Estefanía*? Vm. será sin duda fisica con el tiempo. Un pájaro es mas pesado que el aire, y sin embargo le sostiene el aire. ¿No ha entrado vm. en un jardín despues de una gran lluvia?

Estefanía. Sí señora.

Aya. ¿Y no ha observado vm. que quedan suspensas las gotas de agua en todos los estremos de las ramillas y de las hojas?

Estefanía. Sí señora, y me he parado á mirarlas, mayormente cuando las da el sol, porque entonces las gotas que hay sobre las hojas parecen unos diamantes.

Aya. ¿Y qué le parece á vm. que sostiene todos esos diamantes en los estremos de las hojas? El aire, que por consecuencia es mas pesado que ellos; pero al fin aquella bombita de agua se engruesa á causa de algunas partículas que estan en las ramas que van poco á poco escurriéndose hasta llegar á unirse con la bombita que está en el estremo; y como entonces es ya mas pesada que el aire, se desprende en fuerza de su peso, y cae en tierra.

Estefanía. Ahora lo comprendo claramente. El agua es sin duda mas pesada que el aire cuando hay igual cantidad de aire y agua; pero esto no se opone á que una gran cantidad de aire pueda sostener una corta por-

cion de agua, asi como al navío de que anteriormente nos ha hablado vm.: el navío en sí es mas pesado que el agua; pero como debajo de él hay una considerable cantidad de agua, ésta lo lleva y sostiene sobre sí.

Aya. Justamente, querida mia.

María. Señora Aya, vm. dijo á la señora *Estefanía* que ha de llegar á ser fisica. ¿Es del caso que las señoras sepan esta ciencia? Yo creia que solo los doctores debian saberla.

Aya. Querida mia, en Inglaterra llaman doctor fisico á un hombre que cura las enfermedades; pero no es asi en Francia, pues á estos hombres los llaman médicos. Un remedio se llama fisico en Inglés, y en francés una medicina. La palabra *fisica* en francés quiere decir una ciencia que enseña á conocer todos los cuerpos. Un fisico pues es un hombre que conoce la naturaleza del aire, del fuego, del agua y de la tierra:

conoce tambien los cuerpos de los hombres y de los animales, los árboles, las plantas, las flores, los minerales y los metales; y las señoras pueden saber todo esto.

Carlota. ¿Qué se entiende por minerales y metales?

Aya. El oro, la plata, el cobre, y las otras cosas que se crian en la tierra.

María. Pues qué, ¿se cria en la tierra el oro?

Aya. Sí, querida mia; pero ya hemos hablado bastante de fisica, en otra ocasion tratarémos otro poco, pues ahora quiero contar á vms. una pequeña fábula, y despues repetiremos nuestras historias.

Fábula del Pescador *y el* Caminante.

Hubo una vez un hombre pobre, de ejercicio pescador, el cual no tenia mas bienes que una humilde ca-

baña á la orilla de un rio. En este rio habia pocos peces, por cuya razon era escasísima su ganancia: apenas se mantenia de otra cosa que de pan y agua, y no obstante estaba contentísimo con su pobreza, porque no deseaba mas de lo que tenia. Habiéndole venido un dia deseos de ver la ciudad, resolvió ponerlo en práctica el dia siguiente por la mañana. Apenas habia acabado de determinar el viage cuando llegó á su albergue un caminante, que le preguntó si habria cerca de alli algun pueblo donde pudiese hacer tránsito aquella noche. Uno hay á tres leguas, respondió el pescador; y es demasiado tarde para que llegueis á él: si quereis quedaros en mi cabaña, yo os la ofrezco de buena voluntad. Aceptó la oferta el caminante, y el pescador deseoso de agasajarle, encendió lumbre, y puso á cocer algunos pececillos, y mientras se proporcionaba la cena entretenia el

tiempo cantando, riyendo, y ostentando un humor alegre. El huésped le dijo: por felíz os tengo, supuesto que podeis divertiros: yo daria cuanto poseo en el mundo por estar tan contento como vos. ¿Y qué os lo impide? respondió el pescador, pues á mí nada me cuesta mi alegría, ni he tenido jamas motivo de tristeza. ¿Teneis algun pesar que os impida alegraros? ¡Ay de mí! continuó el caminante, todos me tienen por el mas dichoso de los hombres: yo fui mercader, y ganaba mucho caudal, pero no lograba un momento de sosiego. Temia siempre que me hiciesen bancarrota; que se echasen á perder mis mercaderías; que naufragasen los navíos que tenia en la mar; y huyendo de esto, me separé del comercio para probar una vida mas tranquíla. Compré un empleo en el palacio Real, y á breve tiempo logré agradar al Príncipe; y habiendo llegado á ser su fa-

vorecido, creia que ya podia estar gustoso; pero no tardé mucho en conocer que mas bien era esclavo que favorecido del Rey, pues necesitaba á cada momento renunciar mis inclinaciones para seguir las suyas. Él amaba la caza, y yo el sosiego; y sin embargo tenia precision á correr en su compañía por los bosques todo el dia: llegaba á palacio sumamente fatigado, deseoso de acostarme, pero no podia ejecutarlo: si la dama del Rey daba un baile ó un banquete, me hacia el honor de convidarme para hacer la corte al Rey: yo iba rabiando, y solo me servia de algun consuelo la amistad del Príncipe. Há cerca de quince dias que éste puso su atencion y amistad en un señor de su corte, y le encargó dos asuntos graves, y al hablarle le manifestó un semblante dulce y agradable, confesando despues que le tenia por hombre de bien: desde este punto me

tuve por perdido, y en muchas noches no he podido pegar los ojos con este cuidado. Interrumpió el pescador entonces á su huésped, y le dijo: ¿el Rey os ha mirado despues acá con desagrado, dejando de estimaros? No por cierto, respondió este hombre; antes me trata con mas amistad que la acostumbrada; pero no obstante debeis conocer que su amor no es ya para mí solo, mayormente cuando todo el mundo publíca que este señor ha de venir á ser su segundo favorecido: y ya veis que esto es intolerable, y por lo mismo no sé cómo no he muerto de pesar. Ayer noche me retiré á mi cuarto lleno de tristeza, y cuando me ví solo no pude contener el llanto. Á este punto se apareció delante de mí un hombre grande, cuya fisonomía era escesivamente agradable, y me dijo: *Azael*, tengo piedad de tu miseria: ¿quieres vivir tranquílo? pues renun-

cia el amor á las riquezas, y el deseo de los honores. ¡Ay de mí! Señor, dije á este hombre: yo lo deseo de todo mi corazon; ¿pero de qué modo podré conseguirlo? Deja la corte, añadió, y camina dos dias consecutivos por el primer camino que se presente á tu vista: la locura de un hombre te prepara un espectáculo capaz de curar para siempre tu ambicion. Despues que hayas caminado los dos dias vuelve atrás, y cree firmemente que no penderá de otro que de ti el vivir despues gozoso y tranquílo. Ya he caminado un dia entero en cumplimiento de lo que este hombre me mandó, y caminaré tambien mañana; pero dudo conseguir el sosiego que me ha prometido.

Habiendo oido el pescador la historia, no pudo dejar de admirarse de la locura de este ambicioso, que hacia consistir su felicidad en las pa-

labras y miradas del Príncipe. Tendré mucho gusto en volver á veros, le dijo el pescador, para ver si venís curado de vuestro mal: dad pues fin á vuestro viage, y dentro de dos dias volved á mi cabaña. Yo tambien pienso ir á la corte, donde jamas he estado, y creo que han de divertirme con esceso los muchos desórdenes que debe haber en ella. Mal pensais, replicó el caminante; y pues ahora sois felíz, no querais ser desdichado: ¿por qué pues buscais vuestra desdicha? Ahora os teneis por dichoso en vuestra humilde cabaña; pero despues que hayais visto los palacios de los grandes, la tendreis por muy pequeña y demasiado mezquina. Ahora estais contento con vuestro vestido, porque os cubre; pero os lastimará el corazon cuando hayais mirado las soberbias galas de los ricos. Señor, dijo el pescador á su huésped, pues hablais como un cate-

drático, aprovechaos de esas bellas razones para no disgustaros cuando se mire ó hable á los otros: el mundo abunda de gentes que aconsejan á los demas, no pudiendo ellos gobernarse á sí mismos. El caminante no tuvo qué responder, mayormente sabiendo que no es buena política contradecir á nadie en su misma casa. En efecto, el dia siguiente continuó su viage al mismo tiempo que el pescador dió principio al suyo. Al concluir los dos dias el caminante *Azael*, volvió á la cabaña sin haber encontrado cosa alguna estraordinaria, y halló ya al pescador sentado á su puerta, apoyada la cabeza sobre sus manos, y con los ojos fijos en tierra. ¿En qué pensais? le preguntó *Azael*. En que soy desdichado, respondió el pescador. ¿Qué delitos he cometido contra Dios, dijo, para que me haya hecho tan pobre, habiendo una inmen-

sa multitud de hombres riquísimos y contentos? Dejóse ver en este punto aquel hombre que habia mandado á *Azael* caminar los dos dias (que era un Ángel), y hablando con el pescador, le dijo: ¿por qué no seguiste los consejos de *Azael*? La vista de las magnificencias de la corte han producido en ti la avaricia y la ambicion: ellas te han robado la alegría y la paz: modera pues tus pasiones, y volverás á hallar esas preciosas prendas que perdiste. Eso es muy fácil de decir, replicó el pescador, pero el ejecutarlo es para mí imposible, siendo mi mayor sentimiento pensar que seré siempre desdichado, á menos que Dios no se digne mudar mi situacion. Eso seria para tu perdicion, añadió el Ángel: creeme, y no desees mas de lo que tienes. Por mas que digais, respondió el pescador, no impedireis que yo desee otra fortuna. Dios oye al-

gunas veces los ruegos de los ambiciosos, dijo el Ángel, pero con enojo, para su castigo. ¿Y á vos qué os importa? respondió el pescador: si yo no tuviera que desear se me daria muy poco de vuestras amenazas. Pues supuesto que tú quieres perderte yo lo consiento, dijo el Ángel; puedes desear tres cosas, y Dios te las concederá. El pescador lleno de alegría deseó que su cabaña se transformase en un magnífico palacio, y al punto se verificó su deseo: despues que hubo admirado este palacio, deseó que el pequeño rio que corria por delante de su puerta se trocase en un estendido mar; y se verificó al momento. Restábale el tercer deseo, y habiendo reflexionado por un corto rato, deseó por fin que su barquilla se convirtiese en un navío grande cargado de oro y diamantes. Luego se le presentó este navío, y corrió á él para reconocer las riquezas de que

habia conseguido hacerse dueño; pero no bien hubo entrado en él cuando se levantó una borrasca: quiso volverse á la orilla, mas no halló medio, y entonces fue cuando maldecia su ambicion: ¡inútiles pesares! El mar le sepultó con todas sus riquezas, y el Ángel dijo á *Azael*: aprende á ser cuerdo con este ejemplo: el fin de este hombre es casi siempre el de todos los ambiciosos: la corte donde resides ahora es un mar famoso para las tempestades y los naufragios: pues puedes al presente tomar puerto, no aguardes á hacerlo cuando te sea imposible conseguirlo. *Azael* asustado prometió obedecer al Ángel, y cumplió su palabra. Dejó la corte, y habiéndose ido á vivir al campo, casó con una doncella mas virtuosa que hermosa, y con pocos bienes de fortuna. Lejos de pensar en aumentar sus grandes riquezas, solo se aplicaba á gozar-

las con moderacion, distribuyendo lo sobrante entre los pobres. Túvose entonces por felíz y contento, y tributaba diariamente gracias á Dios porque le habia curado de la avaricia y la ambicion, que habia turbado hasta alli toda la felicidad de su vida.

Serafina. ¿Es posible que la ambicion hace á las gentes tan desdichadas?

Aya. Pregunte vm. á la señora *Estefanía* cuánto tuvo que tolerar en el tiempo que no pensaba sino en agradar, ser alabada, y hacer ostentacion de su saber.

Estefanía. A la verdad que era yo bien infelíz, señora Aya: si veia en la tertulia de padre alguna señora á quien se tratase con agasajo y atencion, me desazonaba de muerte, porque me parecia que me usurpaba las atenciones que usaban con ella; y esto era bastante para que yo la

aborreciese. ¿Quiere vm. creer, señora *Serafina*, que estaba muchas veces enfadada con vm.?

Serafina. ¿Y por qué, querida mia?

Estefanía. Porque no podia sufrir el ver que valia vm. mas que yo; pero ahora podré asegurar á vm. que la estimo de todo corazon, y lejos de sentirlo me complazco cuando veo que alaban á vm.

Serafina. Yo lo agradezco infinito; pero es constante que seria vm. una ingrata si no lo hiciera asi, porque siempre la he querido con esceso.

Aya. Poco tiempo nos queda para repetir nuestras historias y la *geografia.* Comience vm., señora *María.*

Historia sagrada.

María. Jetro, suegro de *Moyses*, noticioso de los grandes milagros que habia obrado Dios por medio de su

yerno, vino á verle, trayéndole á su mûger y dos hijos que tenia; y echando de ver que *Moyses* se ocupaba todo el dia en oir las quejas y negocios del pueblo, le dijo: si continuais en esta fatiga vendreis á perder la salud: creedme, y escoged los hombres mas honrados, que oigan al pueblo, y os den cuenta de todos sus negocios. Siguió *Moyses* este consejo, y habiendo obsequiado á su suegro se despidieron. Llegaron despues los *Israelitas* cerca del monte *Sinaí*, y dijo el Señor á *Moyses*: sube sobre ese monte, pero que el pueblo no se aproxime, porque morirá. Subió *Moyses* al monte *Sinaí*, y se apareció en él la Magestad de Dios. El monte estaba circundado de humo, del cual salian espantosos truenos: todo era fuego y relámpagos, y en medio de estos fuegos fue donde dió el Señor á *Moyses* los diez Mandamientos que ordenaba para su

pueblo; para darles á entender que era un Dios poderoso, que sabria vengarse y castigar á los que le desobedeciesen: y estos diez Mandamientos que entonces dió el Señor á su pueblo son los mismos que nos han enseñado, y repetimos todos los dias en nuestras oraciones.

Aya. Continúe vm., señora *Melchora.*

Melchora. El Señor llamó otra vez á *Moyses* sobre el monte, donde permaneció cuarenta dias y cuarenta noches, y durante este tiempo le dió leyes para gobernar su pueblo, mandándole que hiciese para su Magestad una Arca y un Tabérnaculo, esplicándole la forma en que debia construirse esta Arca, y lo que debia hacerse cuando le sacrificasen alguna cosa. Mandóle igualmente destinase á *Aaron* y á sus hijos para que fuesen los Sacrificadores y grandes Sacerdotes. Pero mientras *Moyses* hablaba

con Dios como un amigo con otro, los *Israelitas*, olvidando los milagros que por ellos habia obrado el Señor, dijeron á *Aaron*: dadnos Dioses como los que estan en Egipto para que caminen delante de nosotros, porque á *Moyses* no sabemos lo que le habrá sucedido. *Aaron*, temiendo que el pueblo le matase, les dijo: traedme los pendientes de las orejas de vuestras mugeres é hijas. Ellos se dieron priesa á llevarle las joyas, y *Aaron* les hizo un becerro de oro, al cual adoraban, diciendo: este es el Dios que nos ha sacado de Egipto. El Señor dijo á *Moyses*, que estaba sobre el monte: el pueblo está cometiendo un crímen: voy á esterminarlo, y te daré en su lugar otro pueblo. *Moyses* respondió: Señor, acordaos de *Abraham*, de *Isaac* y de *Jacob*, y perdonad á este pobre pueblo, ó borradme del libro de la vida antes que lo destruyais. Solo los

perversos serán borrados del libro de la vida, dijo el Señor: no obstante, yo perdono á ese pueblo. Bajó entonces *Moyses* del monte con las Tablas de piedra, en las cuales habia Dios escrito por sí mismo su Ley por todos sus lados; y habiendo visto que los *Israelitas* bailaban al rededor del becerro de oro, se arrebató en cólera de tal forma, que arrojó las Tablas al suelo, y las hizo pedazos. Despues reprendió á *Aaron* con aspereza, y echando el becerro en el fuego le redujo á cenizas, las cuales hizo beber al pueblo mezcladas con el agua. Luego llamó á los descendientes de *Leví*, y les dijo: yo os mando de parte de Dios, que tomando vuestra espada atraveseis todo el campo de una parte á otra, y mateis á cuantos encontráreis á la diestra y á la siniestra, sin perdonar á vuestros parientes y amigos. Obedecieron los hijos de *Leví*, y mataron veinte

y tres mil hombres. Despues dijo á los *Levítas*: el Señor os bendecirá porque habeis ejecutado su sentencia. Sucesivamente se encerró *Moyses* en su Tabernáculo, á cuya vista se puso la nube donde estaba el Señor, y los *Israelitas*, habiéndose despojado de sus buenos vestidos, se humillaron hasta besar la tierra, á fin de alcanzar misericordia de Dios.

María. Señora Aya, accion terrible fue matar veinte y tres mil hombres.

Aya. Todos los *Israelitas*, querida mia, merecian la muerte: ellos habian prometido guardar la Ley del Señor, que condenaba á muerte á todos los que adorasen ídolos, y usó de una gran piedad en no castigar mas que á veinte y tres mil hombres. Yo estoy segura que permitiria que los hijos de *Leví* solo matasen á los mas cūlpados. Continúe vm., señora *Carlota.*

Carlota. Volvieron á murmurar

contra el Señor los hijos de *Israél*, y dijeron: ¿por qué habemos dejado á Egipto, donde teniamos hermosos pescados, y donde comiamos buenas cebollas? Nosotros estamos ya cansados de ver solamente el *Maná*. Sintió tanto *Moyses* la ingratitud de este pueblo respecto de Dios, que rogó al Señor le diese la muerte para no ver su perversidad. Consolóle el Señor, y envió á los *Israelitas* una gran cantidad de codornices, á cuya vista recibieron imponderable alegría, y comieron de ellas con codicia; pero tenian aún la carne entre los dientes cuando quitó Dios la vida á un gran número de ellos. Aún tuvo *Moyses* otro motivo de pesar, y fue, que *Aaron* y su hermana *María* se burlaron de él porque su muger era Etiopisa; pero Dios tomó á su cargo la venganza de *Moyses*: su hermana se llenó de lepra, con la cual permaneció siete dias, y *Moyses* se

vió precisado á rogar por ella al Señor. Despues envió *Moyses* esploradores al país que Dios habia prometido á *Abraham*, y estos trajeron de ella un racimo de uvas tan grande, que se necesitaban dos hombres para llevarlo. Dos de estos esploradores fueron *Caleb* y *Josué*, los cuales exhortaron al pueblo á que fuese á establecerse en este país tan abundante y escelente; pero los otros esploradores dijeron: es verdad que en esta tierra corre leche y miel, pero está habitada de hombres mas fuertes que nosotros, y hay gigantes que nos matarán á nosotros, á nuestras mugeres y á nuestros hijos. Oido esto por los *Israelitas*, esclamaron: ¿para qué nos han sacado de Egipto? Necesitamos pues nombrar un gefe que nos vuelva á conducir á él. Y porque *Josué* y *Caleb* lo resistian quisieron matarlos á pedradas. *Moyses* y *Aaron* se humillaron para

pedir perdon á Dios; pero el Señor les dijo: este pueblo ha murmurado diez veces contra mí, y yo juro en mi enojo que morirá en este desierto, donde permanecerá cuarenta años. Despues que todos ellos hayan muerto entrarán sus hijos en la tierra prometida con *Josué* y *Caleb*, que han creido mis palabras; pero los otros, que han visto los milagros que por ellos he obrado, y no obstante han desconfiado de mí, dejarán sus cadáveres en este desierto. Entonces el número de los hombres pasaba de seiscientos mil.

Estefanía. Verdaderamente, señora, que los *Israelitas* me irritan con sus murmuraciones. ¿Cómo eran tan groseros que se esponian á la ira del Señor, conociendo su poder? ¿Cómo podian adorar la figura de un becerro, y decir: este es el Dios que nos ha sacado de Egipto?

Aya. ¿Nosotros, querida mia, so-

mos acaso menos perversos y menos ciegos que los *Israelitas* cuando desobedecemos al Señor; siendo constante que arrojará en el infierno á los mentirosos, glotones, coléricos y desobedientes á sus padres y mayores, á los impíos con los pobres, á los envidiosos, á los que hablan mal del prójimo, á los que se vengan de sus enemigos y se alegran del mal que les sobreviene? Nosotras sabemos todo esto, niñas mias, y sin embargo no ponemos las diligencias necesarias para corregirnos de nuestras malas costumbres, siendo estas las que atraen sobre nosotras la ira de Dios, y las que nos conducirán al infierno. Reflexionemos bien sobre esto, señoras, y no perdonemos diligencia alguna para destruir nuestros vicios. Como son ya las siete no tenemos hoy tiempo para hablar de *geografia*: en la primera ocasion comenzarémos por ella nuestra leccion.

DIÁLOGO XVI.

Jornada catorce.

Aya. Prometí á vms. que comenzariamos hoy por la *geografia.* Hablarémos pues de las islas *Británicas.* Estas son dos, como ya hemos dicho, una grande, y otra pequeña. En la grande hay dos reinos, la *Inglaterra*, que está al *sud* de la isla, y la *Escocia* al *nord.* Divídese la *Inglaterra* en cuarenta provincias, que con doce que comprende el Principado de *Gales*, hacen todas cincuenta y dos. La capital de este reino es *Lóndres* sobre el *Támesis* en la provincia de *Midlesex* al *sud-est* de la *Inglaterra.* En sus principios se llamó este reino *Abion*, y los habitantes del país fueron sojuz-

gados primeramente por unas gentes llamadas *Bretones*. Habiendo pasado *Julio César á Inglaterra*, sujetó una parte de este reino; pero hasta el tiempo del Emperador *Domiciano* no fueron los Romanos absolutos dueños de él. Aunque los Romanos eran dueños de *Inglaterra*, vivian los naturales del país segun sus leyes y costumbres, y tenian asimismo muchos Reyes, porque la isla comprendia muchos reinos; pero los Soberanos de ellas reconocian el poder de los Romanos. Los *Escoceses*, que habitaban la *Irlanda* ó la *Ibernia*, se unieron á los *Pictes*, y se apoderaron de la parte de la isla que está al *nord*, llamada *Escocia*. Estos fueron espelidos por los Romanos; pero las turbaciones del mismo Imperio Romano les dieron oportunidad para restablecerse bajo la dominacion de un Príncipe llamado *Fergos*. Despues de este tiempo hu-

bo una guerra casi contínua entre los *Bretones* (asi llamados los pueblos de esta isla) y los *Escoceses* unidos con los *Pictes*; y para librarse del furor de estos, construyeron los *Bretones* una muralla que separaba su país del de sus enemigos, de la cual aún se ven fragmentos; pero esto no impidió que los *Escoceses* los redujesen á la última estremidad. Viéronse pues obligados á llamar en su socorro á los *Anglo-Sajones* venidos de la isla de *Angelen*, y establecidos entonces en *Frisa*, los cuales los socorrieron al punto, y despues se hicieron dueños de ellos; pero parte de los *Bretones*, que pudieron refugiarse en las montañas del país de *Gales*; adquirieron alli la reputacion de invencibles, y otros se retiraron á la pequeña *Bretaña*. Los *Sajones*, que habian echado á los *Bretones* de *Inglaterra*, fueron echados despues de ella por los *Daneses*, y es-

tos la poseyeron tranquilamente bajo de la dominacion de su Rey *Canuto*; pero sucesivamente volvieron los *Ingleses* á poner sobre el trono á *Eduardo*, que era de la sangre de sus Reyes. Despues de la muerte de este último Rey, *Guillermo*, Duque de *Normandía*, que pretendia ser su heredero, se hizo dueño de *Inglaterra*, y dió principio al reinado de los Príncipes *Normandos*. Consecutivamente los de la casa de *Anjou*, llamados *Platagenentes*, ocuparon el trono, que pasó despues de ellos á la casa de los *Stuardos*; y se halla al presente en la casa de *Brunswik*.

María. Señora Aya, esa leccion es dificultosísima.

Aya. Es verdad, querida mia, pero estas cosas que pertenecen á vuestro país conviene que las sepais, porque es vergonzoso no tener una perfecta instruccion de la Historia y de la Geografia del país nativo. Para

que no se nos olvide lo que acabo de decir, nos repetirá la señora *Serafina* á lo menos los nombres de los diversos dueños de *Inglaterra.*

Serafina. Los *Bretones* fueron los primeros que subyugaron á los habitantes de esta islá; y los *Romanos* sometieron á los *Bretones.* Mientras los *Romanos* hacian en otra parte la guerra, sometieron el país los *Anglo-Sajones*; y estos fueron destronados por los *Daneses.* Consecutivamente reinaron en esta isla los Príncipes *Normandos*, despues los *Plataǵenentes*: á estos sucedieron los *Stuardos*, y á los *Stuardos* la casa de *Brunswik.*

Aya. Maravillosamente dicho, querida mia: ya dije á vms. que *Canuto*, Príncipe *danés*, habia poseido la corona de *Inglaterra.* ¿La señora *Serafina* no sabe alguna cosa de este Príncipe?

Serafina. Sé una buena historia, y

voy á contársela á estas señoras.

Canuto estaba un dia á la orilla del mar con toda su corte; y sus cortesanos, que eran (como suele suceder) lisonjeros, le dijeron que él era el Rey de los Reyes, y el dueño de la mar y de la tierra. *Canuto*, que era cuerdo y religioso, quiso burlarse de estos aduladores, haciéndoles ver que tenia demasiado talento para dejarse engañar de sus necios discursos. Dobló pues su capa, y sentóse encima de ella. Era esto en tiempo del flujo de la mar: esto es, cuándo la mar sale de su centro para venir sobre la tierra; y hablando *Canuto* con la mar, dijo: yo soy tu dueño, la tierra donde estoy es mia, y asi te mando que no pases de donde estás, ni llegues á mojarme los pies. Todos los que le vieron discurrieron que el Rey deliraba, pues creia que la mar le habia de obedecer. Sin embargo como la mar se iba adelantando

ácia él, llegó á mojar los pies del Monarca. Levantóse entonces *Canuto*, y dijo á los lisonjeros: ¿creeis ahora que soy yo el dueño de la mar? Conoced pues á vista de esto, que es limitadísimo el poder de los Reyes, y que solo Dios es el verdadero Rey, pues por él son gobernados el cielo, el mar y la tierra.

Carlota. Señora Aya. ¿es cierto que la mar sale de su lecho ó de su lugar?

Aya. Sí, querida mia, cada dia dos veces, y se retira otras tantas: y como jamas deja esto de suceder, se sabe justamente la hora en que sale de su sitio, y la en que se vuelve á él.

Carlota. ¡Ah Dios mio, qué cosa tan singular! ¿Y qué es lo que le obliga á salir y retirarse?

Aya. Yo á la verdad no lo sé muy bien, querida mia; pero he oido decir á los doctos, que la luna opri-

me al aire, y que este aire oprimido oprime al mar, y es el que lo hace salir por todos lados.

María. Yo no comprendo cosa alguna de todo esto.

Aya. Voy á esplicarlo, querida mia. Ya vé vm. esta palangana que está llena de agua: suponga vm. que esto es la mar, y que este platillo que yo tengo, que es mas pequeño que la palangana es el aire que se mantiene solo encima de la mar: suponga vm. tambien ahora, que alguna cosa empujase á este platillo, forzándole á tocar el agua que está en la palangana; apenas pues que llegase á tocarla, rebosaria el agua por todas partes. ¿Lo ven vms. (1), niñas mias?

María. Ahora lo comprendo bien, señora Aya; ¿pero cómo puede la luna oprimir á la mar? Ella no es otra cosa que un grande luminar.

(1) *Mete el platillo en la palangana.*

Aya. Se engaña vm. qùerida mia: la luna es una tierra como la nuestra: ella recibe los rayos del sol; y esto es lo que hace que nos parèzca como una grande antorcha.

Melchora. Señora Aya, ¿y es eso cierto? tal vez dirá vm. esas cosas para burlarse de nosotras; porque la luna es muy pequeña, está en el aire, y camina: ¿cómo pues puede ser una tierra como esta en que nosotros habitamos?

Aya. Vm. cree que la luna es pequeña, pero la engañan á vm. sus ojos: lo cierto es que es muy grande.

¿No ha visto vm. el gallo que está en la veleta de la torre de S. Pablo? Él desde abajo parece del tamaño de un pollo, y es tan grueso como un pavo. Miremos al campo por la ventana: aquel hombre que vé vm. tan distante le parece pequeño como un niño; ¿y por qué? porque está muy retirado. Cuando las cosas

se miran de lejos parecen pequeñas; y por eso la luna como está tan desviada de nosotros, se engaña nuestra vista á causa de la misma distancia. Dice vm. que la luna está en el aire, y que camina en torno: ¿sabe vm., querida mia, que la tierra donde nosotras estamos está tambien suspendida en el aire, y voltéa sin cesar?

Estefanía. Permítame vm. que la diga que quiere vm. esperimentar si nosotras somos tan necias que creemos cuentos de los que sirven para dormirse en pie. La tierra seguramente no voltéa, porque si volteára lo sentiriamos nosotras.

Aya. ¿No ha estado vm. jamas en un barco, querida mïa?

Estefanía. Sí señora.

Aya. ¿Y no ha observado vm. que parece que el barco está fijo, y que la tierra, las casas y los árboles son los que andan, y como que se huyen de nosotros?

Estefanía. Verdad es, aunque yo jamas habia parado en eso la atencion. Cuando voy en el coche por el campo, tambien creo que huyen los árboles.

Aya. Lo que quiere vm. decir es, que le parece verlo, pues la tierra, los árboles y las casas se estan quietos en su lugar, y el coche y el barco son los que andan, y la llevan á vm. Cuando el tiempo está sereno va vm. sentada tranquilamente en el barco sin moverse, y si está bien cerrado, y vm. va dormida, cree que está en su cuarto. Pues de este mismo modo está vm. sobre la tierra: ésta voltéa velozmente; y como nos lleva sobre sí sin sentirlo, durante este viage nos parece que vemos correr al sol, siendo asi que él es el que está fijo en su lugar.

Serafina. Esa es cosa bien singular; pero ya lo concibo algo.

Aya. Ved ahí lo que hace los dias

y las noches. La tierra tarda veinte y cuatro horas en dar la vuelta: cuando ella nos pone en frente del sol, es de dia, y cuando nos lleva al lado opuesto es de noche.

Estefanía. Yo creia que el sol se acostaba todas las noches en la mar, porque asi lo he leido en los Metamorfóseos.

Aya. El sol siempre alumbra: se acuesta para nosotros: quiero decir, que dejamos de verle; pero al mismo tiempo se levanta para los pueblos de América: esto es, que ellos comienzan á verle alternativamente. Como los antiguos no conocieron la América, ignoraron que era la tierra redonda, y que estaba habitada toda al rededor, como voy á hacerlo ver en un globo. *Sacan un globo.*

Estefanía. Señora Aya: ¿los que habitan debajo de este globo caminan con los pies ácia arriba, y la cabeza ácia abajo? porque al fin, segun

se deja percibir en él, si fuese posible taladrar este globo, sus pies y los nuestros se encontrarian.

Aya. Cierto es que se encontrarian nuestros pies y los suyos; pero sin embargo ellos tienen como nosotros los pies en tierra, y la cabeza ácia el cielo. La tierra es como una bola del tamaño de una nuez encerrada en otra bola grande como esta sala. Suponed pues que esta pequeña bola se sustenta en el aire en medio de esta misma sala, y que hay una mosca encima de ella, y otra debajo; ¿no es verdad que estas moscas tendrian ambas la cabeza ácia la bola grande, que es el cielo? la tierra está rodeada del cielo, asi como la yema de un huevo está rodeada de la clara: figúrense vms. que esta clara del huevo es el aire, y la cáscara el cielo: ¿comprenden vms. bien esto, niñas mias?

Melchora. Maravillosamente, se-

ñora Aya: solo en una cosa hallo dificultad; y es: ¿cómo puede la pequeña bolá mantenerse por sí en medio de la grande?

Aya. Del mismo modo que la yema del huevo se mantiene sola en medio de él sin mezclarse con la clara que la rodea, no obstante que parece mas pesada. Oid, niñas mias: los sabios han dicho muchas cosas para probar los medios de que Dios se sirve para sustentar la tierra en el aire, pero yo no soy capaz de entenderlas bien, y lo mismo vms.: basta que sepamos que Dios, que es Todopoderoso, lo ha dispuesto y querido asi; y que esto es tan seguro, que no podemos dudarlo, porque ha habido muchos viageros que han dado vúelta al mundo, y esto prueba que está en el aire. Pero ya hemos hablado bastante dé *fisica.* La señora *Estefanía* va ahora á contarnos una bonita historia que la oí ante ayer.

Estefanía. Un hombre que se paseaba por el campo miró á las encinas, que son unos árboles grandes, y llevan un fruto pequeño llamado bellota, que no tiene mas grueso que el dedo pulgar. Vió tambien una planta muy pequeña, que arrastraba por la tierra, y ésta llevaba calabazas cuatro veces mas gordas que su cabeza. Este hombre dijo interiormente: me parece que si yo me hubiera hallado en lugar de Dios, hubiera ordenado mejor las cosas: hubiera hecho que la calabaza procediese de este árbol grande, y la bellota de esta pequeña planta. En tanto que pensaba de este modo le acometió un fuerte deseo de dormir, y porque hacia sol se echó á la sombra de una encina: mientras dormia se levantó viento, el cual hizo caer una bellota sobre la punta de su naríz, y le dispertó. Esclamó el hombre entonces diciendo: confieso que soy un

necio; y que Dios tiene justas causas para haber ordenado las cosas como lo estan. ¿Qué hubiera sido de mí si la calabaza hubiera estado pendiente de la encina? al caer me hubiera roto la cabeza. Este hombre fue en adelante mas cuerdo, y solo se empleaba en admirar la sabiduría con que Dios habia arreglado el Universo, sin volver á hablar de las cosas que no estaban hechas segun sus cortos alcances.

Serafina. Yo creo que tendria suma complacencia en aprender la *Física.* Los que la saben no pueden vivir disgustados, aun cuando no tengan otra cosa en que emplearse que en admirar las obras de Dios.

Aya. Decís muy bien, querida mia. Tambien yo tengo pensamientos de estudiar esta bella ciencia; y despues que vm. sepa las otras cosas que le son necesarias, la enseñaré á vm. cuanto hubiere aprendido; pero

antes es preciso que sepa vm. bien la historia. Veamos si la señora *María* conserva en la memoria la suya.

Historia sagrada.

María. Tres Israelitas llamados *Core*, *Datán* y *Abiron* se sublevaron contra *Moyses*, y metieron á doscientos y cincuenta hombres en su revolucion. Estaban quejosos y ofendidos de que solo *Aaron* y sus hijos tuviesen la facultad de ofrecer incienso al Señor, sin reflexionar que era Dios el que asi lo habia ordenado. Dijeron grandes vituperios á *Moyses*, y éste por mandato del Señor dijo á estos hombres: tomad cada uno un incensario con perfumes, y Dios manifestará los que ha escogido. Hizo tambien *Moyses* que tomase *Aaron* el incensario, y despues por órden del Señor habló al pueblo, y les dijo: separaos de *Core*, *Datán* y *Abi-*

ron, si no quereis que tal vez os castigue Dios con ellos, y añadió: si estas gentes que resisten obedecer al Señor mueren de muerte natural, creed que yo soy un perverso, y que Dios no me ha enviado; pero si se abre la tierra debajo de sus pies, y caen vivos en el abismo, entonces conocereis que os hablo de parte del Señor. Apenas dejó *Moyses* de hablar se abrió la tierra, y tragó á *Core*, *Datán y Abiron* con todas sus familias; y el fuego por disposicion de Dios abrasó á los doscientos y cincuenta hombres que tenian los incensarios. Despues mandó el Señor á *Moyses* que tomase estos incensarios, é hiciese planchas para cubrir el altar, á efecto de que ellas (añadió el Señor) acuerden á los hijos de Israel que otro que no sea de la descendencia de *Aaron* no debe acercarse al altar para ofrecerme incienso. Murmuraban sin embargo los *Israelitas*

contra *Moyses* y *Aaron*, diciendo que ellos habian causado la muerte de aquellas gentes; y habiendo estas murmuraciones irritado al Señor, díjoles á *Moyses* y á *Aaron*: sèparaos de ese pueblo, porque voy á acabar con él. Entonces dijo *Moyses* á su hermano: poned al punto el perfume en vuestro incensario, y corred al medio del pueblo para aplacar la ira del Señor. Obedeció *Aaron* á *Moyses*, y deteniéndose entre los vivos y los que Dios acababa de hacer morir, sosegó su ira; habiendo sido catorce mil y seteciéntos hombres los que en esta última ocasión perecieron en castigo de sus murmuraciones.

Carlota. Dios mio, ¡qué historia tàn terrible! todo el cuerpo se mè estremece, señora Aya. Nosotras somos felices, porque el Señor no hace ya castigos tan tremendos: solo oirlos causa espanto.

Aya. Dios es ahora tan justo, y tan enemigo de los perversos como lo era en aquel tiempo, queridas mias: aquellos que no quieren obedecer sus mandamientos, si ahora no son sepultados vivos en los infiernos, lo serán sin duda despues de su muerte; y esto debe imprimir vivamente en nuestras almas el horror al pecado, y el temor á Dios. Á Dios y al pecado es únicamente á quien debemos temer, segun estas palabras de Jesucristo: *no temais á aquellos que no pueden matar sino al cuerpo; pero temed al que puede perder al cuerpo y al alma, y precipitaros en el infierno.*

Melchora. Pero, señora, se dice que Dios es tan bueno, y no obstante castiga rigurosamente á los malos.

Aya. Es porque tambien es justísimo, queridas mias. Dios manifiesta su bondad á los hombres, dándoles buenos pensamientos para que obren bien, remordimientos cuando obran

mal, y los da mucho tiempo para que se arrepientan y corrijan; pero si ellos rehusan ejecutarlo, y perseveran en su maldad; como el Señor es justo, es absolutamente necesario que los castigue. El Rey es bueno, niñas mias, y sin embargo consiente en que se quite la vida á los malos; y seria él mismo perverso si perdonase á todos los delincuentes; porque en este caso nadie se atreveria á salir por las calles. Los pobres matarian á los ricos por quitarles su caudal; y aquellos á quienes se les hubiese hecho el menor agravio matarian á sus enemigos. Los hombres se verian precisados á vivir en los bosques con las fieras, y el Rey seria causa de todos estos desórdenes por su falsa bondad.

Carlota. Yo aseguro á vm., señora, que quiero corregirme enteramente. Hasta hoy he sido perversa por no haber pensado todas esas cosas: aunque he leido la sagrada Escritura ha

sido sin atencion: cuando sobre ella se hacen cuidadosas reflexiones, es necesario ser locas para esponerse á la ira de Dios.

Aya. ¿Vé vm. como este Señor la ama, querida mia? Esos buenos pensamientos, esas escelentes resoluciones es Dios quien se las envia. ¿No será vm. una ingrata, y digna de reprension en olvidarlas? Vamos, señora *Melchora*, diga vm. su historia.

Melchora. Queriendo Dios hacer ver á los *Israelitas* que habia escogido á *Aaron* por sacerdote suyo, mandó decir á su pueblo por boca de *Moyses*, que los gefes de todas las tribus de Israel llevasen una vara cada uno á su presencia. Obedecieron ellos, y el dia siguiente la vara de *Aaron* habia brotado flores, botones y almendras. Entonces dijo Dios: yo he escogido á *Aaron* y su familia para que sean mis sacrificadores: ningúno sino ellos podrá ofrecerme in-

cienso; pero le doy á los hijos de *Leví* para que cuiden de las cosas que me serán consagradas, los cuales se mantendrán de lo que se me ofrezca, y tendrán la décima parte de los animales y de los frutos de la tierra. Despues fueron los *Israelitas* á parar á un lugar donde no habia agua, y volvieron á murmurar. *Moyses* y *Aaron* se humillaron delante del Señor, quien dijo á *Moyses*: toma tu vara, y vé con tu hermano *Aaron* ácia la roca: á presencia de todo el pueblo hablarás á la roca, y ella te dará agua. *Moyses* y *Aaron* juntaron el pueblo; pero no obedecieron sencillamente la órden del Señor, y en lugar de hablar á la roca la golpearon dos veces con su vara. Entonces dijo Dios á *Moyses* y á *Aaron*: porque no habeis creido á la voz del Señor morireis entrambos antes de entrar en la tierra prometida: y habiendo mandado á *Moyses*

que subiese sobre el monte con su hermano *Aaron* y *Eleazar* su sobrino, hijo del mismo *Aaron*, mandó Dios á éste se quitase sus vestidos de gran sacerdote, y los diese á su hijo, porque iba á morir. Obedeció *Aaron* al Señor, y murió al punto. Murmuraron otra vez los *Israelitas* contra Dios, y el Señor para castigarlos envió contra ellos serpientes abrasadoras; pero habiéndose arrepentido el pueblo, mandó Dios á *Moyses* hiciese una serpiente de metal, y la colocase en alto, diciendo: los que estuviesen mordidos, y mirasen á esta serpiente, serán sanos al punto. Entre tanto los hijos de Israel pidieron permiso á los Reyes inmediatos para pasar por su país, prometiendo no hacer daño alguno, y pagar hasta el agua que bebiesen; pero no habiendo querido estos Reyes concedérselo, dijo Dios á los *Israelitas*: pelead con ellos, y con mi

ayuda los vencereis. Obedecieron al Señor, y consiguieron grandes victorias.

María. Moyses y *Aaron* no eran de los perversos, y sin embargo los castigó Dios severamente por una cosa que parecia de poca monta. ¿Qué mal habian hecho ellos en golpear la roca?

Aya. Habian incurrido sin duda en una falta notable, por haber desconfiado del poder de Dios, que les dijo mandasen á la roca que les diese agua, y ellos en lugar de obedecer ciegamente al Señor, dijeron entre sí: si mandamos á la roca que nos dé agua, no lo hará; pero golpeándola, como ya lo hemos hecho otra vez, la dará sin duda. Yo confieso que esta falta no es tan grande como la de adorar el becerro; pero Dios castiga el pecado sea de la clase que se fuese. Toda la diferencia está, en que á los perversos que pecan por

malicia los castiga en la otra vida, arrojándolos al infierno, y á los buenos, que pecan por flaqueza, y se arrepienten de haber pecado, los castiga en ésta por medio de las enfermedades, de la pérdida de sus bienes, de la de sus parientes y amigos. Obra Dios como un buen padre, que para corregir á sus hijos les da azotes, ú otros castigos.

Estefanía. ¿Y es esa la razon porque cuando Dios está enojado contra un hombre, empobrece éste, ciega, ó le suceden otros infortunios?

Aya. Cuando envia esos trabajos á los malos es para castigarlos, y al mismo tiempo para procurar su correccion, porque las aflicciones nos hacen acordar de Dios, y en estos casos dice Dios al corazon de los perversos: ved lo que ganais en desobedecerme: yo soy poderoso para haceros desdichados, quitándoos las cosas de vuestro gusto: pedid socor-

ro á vuestro caudal, á quien amais mas que á mí: pedídselo á vuestros amigos por quien á mí me dejais; y pues veis que todas las criaturas no pueden impedir que yo os castigue, dejad las criaturas, y volveos á mí, que soy vuestro Dios. Por mas ingratos que hayais sido, yo que soy vuestro buen Padre nada deseo mas que perdonaros, si quereis convertiros. Yo soy quien llamo á vuestras puertas, abrídmelas pues. Este trabajo que acaba de sucederos, y que mirais como intolerable, es nada comparado con los males que sufrireis en la otra vida si no os enmendais. Tened piedad de vosotros mismos: renunciád al pecado y vuestras malas costumbres: haceos dulces y piadosos: amad la oracion, y sed justos para con los otros. Yo os lo advierto, y os doy tiempo para que os corrijais; pero dentro de poco tiempo no tendreis ni un solo minuto; morireis, y entonces

no seré ya para vosotros un Padre lleno de ternura, sino un Juez terrible. ¿Llora vm., señora *Carlota*?

Carlota. Sí, señora Aya: Dios me ha recordado todo eso frecuentemente, y yo no he hecho caso: aseguro á vm. que jamas he cometido alguna falta grande, que no haya sido castigada en el mismo dia con algun pesar.

Aya. Esa es señal de que Dios la quiere á vm. mucho, querida mia; pero no endurezca vm. su corazon, porque despues de haber sido tan piadoso para vm., será un Juez terrible. La señora *Estefanía* me preguntó al mismo tiempo, si los trabajos que Dios envia á los hombres eran la señal de estar Dios enojado con ellos. Acabo de decir que los envia á los malos para convertirlos, y tambien á los buenos para que se corrijan, y para castigarles las mas ligeras faltas en que incurren, y algunas veces para probar su virtud, y darles motivo

para que sean mejores. Cuando tenemos todo lo que deseamos es fácil olvidar á Dios; pero como dejo dicho, cuando estamos en la afliccion, y reconocemos que las criaturas no nos pueden socorrer, entonces recurrimos á Dios. Yo me acuerdo, niñas mias, que cuando era pequeña tenia un maestro de escribir bien riguroso: éste siempre me reñía por mas que yo me aplicaba de todo corazon. El era el azote de que Dios se servia para castigar mis faltas. Cuando conocia que habia obrado mal, me decia á mí misma: bien reñida seré por el señor Jorge (este era el nombre del maestro), y entonces rogaba á Dios eficazmente ablandase el espíritu de este hombre. El Señor oia algunas veces mi súplica; pero la mayor parte de ellas era castigada: escribia las planas torcidas, y como él se quejaba de esto á mi madre, ésta me prohibia salir de casa, y solo á mis

hermanas se las permitia ir á paseo.

Serafina. Y vm. ¿qué hacia entonces, Aya mia?

Aya. Lloraba por lo regular como una loca; pero algunas veces ofrecia tambien á Dios esta mortificacion, porque sabia bien que si estaba inocente por mi escritura, no lo estaba en algunas otras cosas que madre ignoraba, y que sin duda me las hubiera castigado si hubiese tenido noticia de ellas. Señora *Carlota*, vm. no ha dicho su historia, y ya es muy tarde; la dejarémos para la primera ocasion. Á Dios, señoras.

Fin del tomo segundo.

ÍNDICE

de los Diálogos y cosas notables que se contienen en este segundo tomo.

Diálogo X. *Cuento del Príncipe narigudo.* Pág. 1.
Historia sagrada del Patriarca Josef. 18.
Prosigue la misma historia. 22.
Sueños de Faraon. 26.
Punto de Geografia. 28.
Diálogo XI. *Lealtad y correspondencia de un perro á su dueño.* 33.
Historia del Caminante y el Leon. 43.
Sigue la Historia sagrada. 46.
Venganza noble de Licurgo. 57.
Diálogo XII. *Punto de Geografia.* 61.
Cuento de Aurora y Amada. 63.
Historia sagrada. Moyses echado al Nilo. 82.
Nombres de las trece tribus. 93.
Diálogo XIII. *Cuento de los tres Deseos.* 95.
Punto de Geografia. 103.
Plagas de Egipto, y salida del pueblo de Dios. 104.

Diálogo XIV. *Fábula de Júpiter y Mercurio.* 114.
Esplicacion de los Rios y Lagos. 124.
Historia sagrada. Entrada de los Israelitas en el Desierto. 126.
Inundaciones del Nilo. 141.
Diálogo XV. *Cómo se forman las nubes; y de los átomos.* 143.
Fábula del Pescador y el Caminante. 151.
Sube Moyses al monte Sinaí. 163.
Murmuraciones de los Israelitas, y Esploradores á la tierra prometida. 165.
Diálogo XVI. *Punto de Geografia.* 173.
Pasage chistoso del Rey Canuto. 178.
Causa del flujo y reflujo del mar. 179.
Cuestion sobre si es el sol ó la tierra quien se mueve. 182.
Historia sagrada. Castigo de Core, Datán y Abiron. 189.
Aaron es escogido por Dios para sumo sacerdote por medio de un prodigio; y su muerte antes de entrar en la tierra prometida. 194.